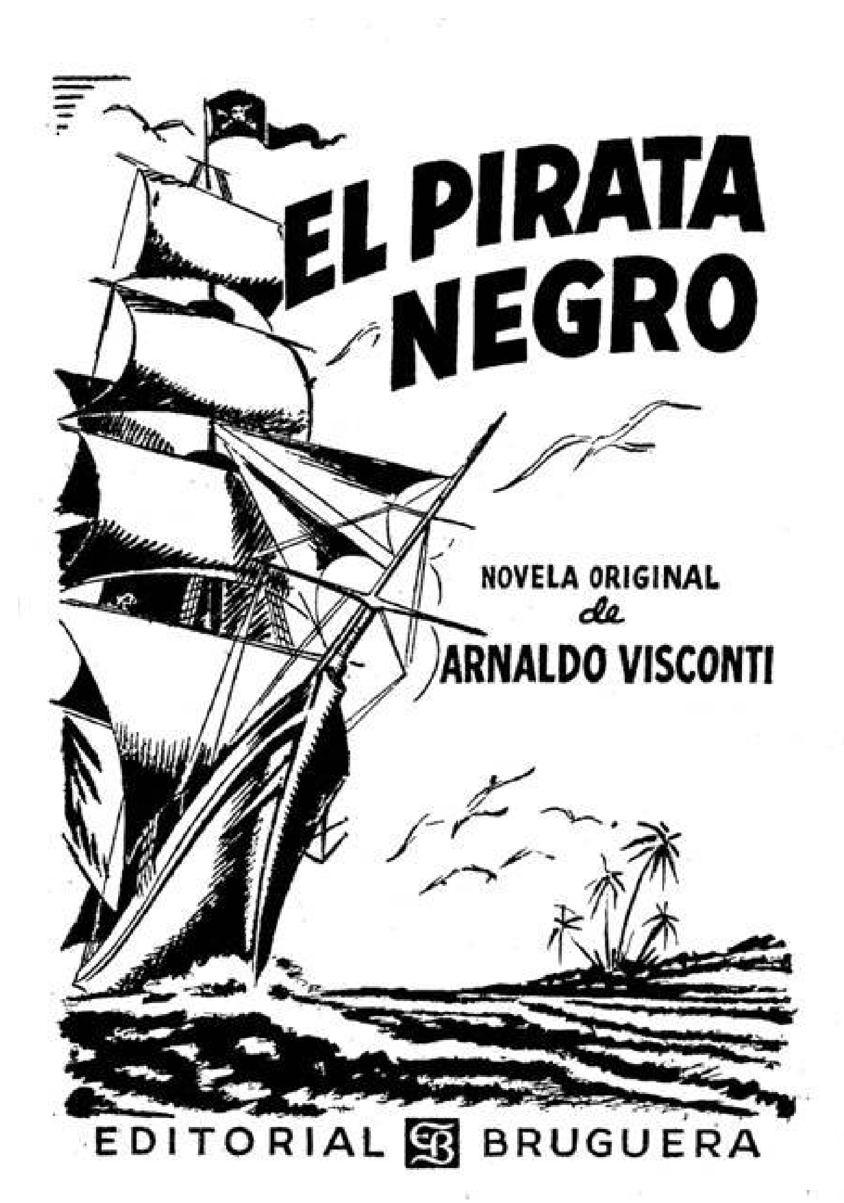
EL PIRATA NEGRO

PROVENSAL

por ARNALDO VISCONTI

3 PTAS

LA LEGION DEL MAR


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

La legión del mar

Colección El Pirata Negro n.° 52

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


La LEGION del MAR

PRÓLOGO

La aldea costera de Riohacha, unas doscientas leguas al norte de Puerto Colombia, gozaba de una tétrica fama.

Era el presidio mayor de las Américas españolas y a él iban a parar cuantos delincuentes debían ser juzgados por tribunales de la metrópoli, y en Riohacha aguardaban el momento de ser trasladados con excesivo despliegue de precauciones hasta el galeón que había de conducirles a España para ser juzgados.

Y los que aguardaban sus turnos de embarque llamaban al viaje a la península ibérica, “el último trago”, porque sabían los más de ellos que después de sentarse en el banquillo de acusados, pasarían a pernear colgados de soga justiciera.

Pocos eran los delincuentes nativos. Riohacha se nutría principalmente de soldados, marinos y funcionarios españoles. Gentes que en su día se alistaron en fuerzas expedicionarias, algunas ya con la preconcebida idea de medrar sin reparar en los medios.

Otros, los menos, eran delincuentes circunstanciales, a los cuales un momento de extravío personal, había conducido a Riohacha.

Pero unos y otros, por la gravedad de sus delitos, entraban en Riohacha, para, entre sus sólidos muros de los que nadie lograba fugarse, aguardar el instante de ser embarcados rumbo a España y la sentencia de muerte.

Les bastaba permanecer unos días, en Riohacha, para comprender que el Virrey, que en 1.600 hizo construir aquel presidio, había cuidado, antes que de otra cosa, de imposibilitar el menor intenté de fuga.

Hasta aquel día de junio de 1720 y datando ya de un siglo y dos décadas, el Real Presidio, de Riohacha, nadie había conseguido

fugarse. Sin embargo, además de su natural audacia, los que ingresaban entre los altos muros de Riohacha, tenían el acicate de la desesperada certidumbre de que a un plazo más o menos breve serían conducirlos al cadalso erigido en plazas de las ¿ciudades españolas.

Recelaban entre sí, temerosas de que cuanto dijeran confidencialmente, fuera reproducido a los oficiales de prisiones soplones, que, con ello, pretendían hacer méritos en vistas a un posible indulto.

Pero al cabo de unos días de estancia en las jaulas de los subterráneos y sobre todo en el patio amurallado donde salían medio cegados a tomar el sol iban conociéndose mutuamente y formábanse grupos que entre sí intercambiaban confidencias.

Aquellas confidencias tenían un punto de inicio semejante. Contaban, primero su propio delito, algunos con jactanciosa delectación. Después, el tema de confidencia era la posibilidad de fuga.

Coincidían todos en estar de acuerdo en que intentar la huida de entre los muros sólidos, altos y estrechamente vigilados por guardianes con mosquete al brazo y gran facilidad, para disparar, era empresa totalmente descabellada, que no conducía más que a anticipar la muerte.

Ya había disensiones de parecer acerca de la posibilidad de intentar el escape durante el camino a la “Barca de Carente”. Apodaban así al galón en cuyas calas efectuarían el viaje aherrojados cuidadosamente hacia España.

Una vez por mes acudían a Riohacha loa piquetes de soldados, encargados de escoltar hasta el galeón a les presidiarios a quienes correspondía, por turno de ingreso el ser embarcados

Desde la puerta de salida del penal hasta la bahía donde anclaba el galeón había en recorrido de dos leguas. Lo efectuaban encadenados por los brazos de tres en tres y entre fila y fila otras cadenas aseguraban la continuidad de aquella compacta formación.

Los más sesudos y reflexivos, opinabais que era tan imposible intentar en aquellas condiciones la huida, como pretender volar desde el patio de Riohacha, porque las cadenas trababan en forma fine impedían aun al más hercúleo liberarse de ellas y aun suponiendo que pudiera obtener algún instrumento de hierro con el

que romper los eslabones, caería acribillado por los balazos de la escolta antes de que hubiera podido dar unos pasos:

—...y ni siquiera contando con ayuda de fuera, es posible levantar el campo, muchacho. Tan sólo, si a los soldados les atacara up centenar de hombres, sería hacedero el librarse de dar el “último viaje”.

—Hay algunos que dicen que una vez los indígenas mataron a los soldados y dieron suelta a cuantos iban encadenados, cabo Torcaz.

El llamado Torcaz, un hércules calvo de revuelta pelambrera canosa en el pecho ejercía provisionalmente las funciones de cabo de galería. Era un preso más destinado al mismo epílogo que los demás, pero, por su corpulencia, había sido elegido como cabo del gruño de delincuentes que precedían de la flota española.

Su interlocutor, que charlaba con él, mientras paseaban por el patio, era un joven corneta apodado “Malasuerte”, por las especiales circunstancias que habían concurrido en su delito.

Entre ambos hablase creado una amistad viril, porque aunque no lo expresaban con palabras ambos reconocían que no eran vulgares asesinos, ni nunca habrían soñado, al alistarse en la marina, que cometerían un acto por cuya gravedad serían condenados a muerte irremisible.

—Bien cierto es, muchacho, que hará cosa de unos cincuenta años, los indígenas de la selva, dieron libertad a los que componían una expedición. Pero lo hicieron tan sólo una vez y después transmitieron a los demás lo que sucedió. Y puedes estar muy seguro de que ya nunca los indígenas volverán a cometer tal imprudencia.

—¿Por qué, cabo Torcaz?

—Los liberaron, para que íes enseñasen el manejo de caballos y armas, y para ello los llevaron a sus poblados. Puedes figurarte lo que sucedió. Saquearon los poblados, pasaron a cuchillo a los que no pudieron escapar, cometieron toda clase de fechorías, hasta que los pocos que quedaron con vida quedaron presos después de un combate con fuerzas del rey.

—Valientes estúpidos! — rezongó ingenuamente airado, el corneta.

—La mayor parte llevan en la sangre muy mala uva, muchacho.

Pero sí debemos abandonar toda esperanza de largarnos por tierra, nos queda, sin embargo, una manera de escapar sí debemos abandonar toda esperanza deben a los mismos grilletes a bordo. Es la única probabilidad que nos ofrece el futuro.

—Una vez metidos en el galeón, ya nada nos salva—dijo el joven “Malasuerte”, encogiéndose de hombros resignadamente—. Tú que has sido contramaestre de mar, ya sabes lo que son las calas de hierros.

—Pero ¿has pensado en que puede atacar al galeón algún barco pirata o algún barco de nación en guerra con España?

—¿Y qué? Nos hundiremos con el barco si hace agua y sí no, ya sabes la orden que tienen: no darnos la posibilidad de morir combatiendo, sino todo lo contrario. Es inútil, Torcaz, nada ni nadie nos pueden salvar.

—Quizá tengas razón. ¿Sabes en qué, estaba pensando ahora?

—En que hemos tenido muy mala suerte.

—Bueno, eso ya lo sé. Pero, yo estaba pensando en que a lo mejor no os cuelgan.

—Tú aun puedes salvarte remando en galeras para toda tu vida. Pero yo ni aun eso puedo obtener.

Callaron ambos, sentándose contra a base de uno de los altos muros del patio rectangular.

Al cabo de unos instantes, seguramente porque no quería abismarse de nuevo en el recuerdo de la fatalidad que allí le había conducido, el joven corneta tocó en el hombro al ex contramaestre:

—¿Te acuerdas de aquel pirata que decía que era conde?

—¡Vaya que si lo recuerdo! Era un tipo gracioso. Nunca vi a nadie pelear con tanta reciedumbre.

—Tengo por mí que era verdad lo que decía de que había sido un gran capitán pirata.

—Yo eso no lo puse en duda. Pero el pobre estaba loco.

El joven corneta, deseoso de aferrarse a cualquier esperanza, aun por más insensata que fuera, murmuró: —Dijo que algún día nos daría plaza a su bordo, y bien que me pareció hombre de los que cumplen lo que prometen.

—Pero, ¿en qué sueñas, “Malasuerte”? ¿También a ti, como al conde Ferblanc, te dio la solana en el cráneo? ¿Olvidaste ya lo que pasó? Le dio la ventolera por echarnos un discurso muy hermoso y

después decir que se iba y pidió permiso para ver al jefe guardián. Nos decía que iba a pedirle un caballo para largarse... y ya no lo hemos, visto más. Ten por seguro que el jefe guardián, temeroso de que le atizara en su locura, lo debió tumbar de un pistoletazo. El caso es que ya no regresó.

—¿Y si fuera verdad que se podía ir cuando quisiera?

Compasivamente, el calvo cuarentón miró al joven ex corneta.

—Una vez estuve dos días sin probar agua y comida. Estábamos a merced de la tormenta y las oleadas se llevaron los barriles y cuanto contenía la cambusa. A ti te está ocurriendo lo mismo muchacho. Como estamos a merced de los elementos y no hay quien esos salve del naufragio, te agarrarías a un clavo ardiendo Pero no pienses ya más en el conde Ferblanc. Era un gran pirata... pero se volvió loco y lo remataron.

Sonaron los Silbatos de los guardianes llamando a formación y poco después todos los penados eran encerrados de nuevo en las jaulas subterráneas,

Y Rodrigo Arucas, el canario, ahuyentó de su mente todo recuerdo del conde Ferblanc, el original pirata que, a fuerza de puños, había impuesto su voluntad en Riohacha.

Volvió a su obsesión: al recuerdo de la linda peruana que había sido el único amor de su vida y que murió estrangulada por sus propias fuerzas.

Le habían achacado aquella muerte, de la cual era autor un despechado rival al cual le dio muerte Rodriga Arecas, en un arrebato de ira, olvidando que su rival era capitán del rey.

Resonó de pronto, cortándole el hilo de sus pensamientos un agudo silbido: el que se empleaba tan sólo cuando visitaba el subterráneo el propio jefe de prisiones o se preparaba una expedición para llenar la cala de grilletes del galeón.

Pusiéronse en pie los presos y en el subterráneo repentinamente silencioso, sólo se oyeron dos ruidos dispares: el producido por el monótono canturreo con e] que un guardián iba leyendo nombres de una larga lista y el retín tía de los grilletes al ser descolgados de los muros húmedos.

* * *

El día anterior, en la amplía bahía de Santa Marcia, situada al Oeste de la ciudad de Puerto Colombia, la más norteña de las

poblaciones sudamericanas, había tenido lugar una solemne ceremonia.

Solemne por su significado, sencilla como todo acto en que intervenían tripulantes de navío.

Seis fragatas formadas en escuadra y empavesadas profusamente, dispararon doce salvas retumbantes, cuando hizo proa hacia la bahía un velero de airosa silueta, que procedía del interior del Caribe, cuyas aguas meridionales bañaban la bahía.

El velero lucía en su proa la palabra “Aquilón” y aunque su mástil central no enarbolara gallardete ni pabellón, bastaba su nombre para que las tripulaciones alineadas en cubierta, supieran que acallaba de dar vista a la formación de fragatas, el velero capitaneado por Carlos Lezama, el Pirata. Negro.

El Pirata Negro dejaba de ser el réprobo perseguido por la ley, para ostentar, como conde Ferblanc, el mando de la escuadra que, en lo sucesivo, se llamaría “La Legión del Mar”.

Pero de lo que no podían darse atenta era de lo que sucedía en el puente del “Aquilón”.

Carlos Lezama, señaló la humareda buques anclados:

—Un día importante para ti, Humberto—dijo, con encubierta mordacidad que escapaba al entendimiento del niño que escuchaba —. Ese retumbar son salvas de honor. Y zumban en tu honor, mocito, porque si no estuvieras tú presente, las andanadas que oímos ahora inofensivas y soplando pólvora, vendrían cargadas de plomos.

Humberto de Ferjus, marqués del mismo título por privilegio de nacimiento, miró primeramente a su madre, a cuya diestra se asía nerviosamente,

Quizá por instinto materno, Mireya de Ferjus, percibió que Humberto deseaba manifestar que, además de impresionarle, el espectáculo de las seis fragatas aureoladas de humo y el retumbar de los cañones, le asustaba.

Por eso, fue ella la que replicó sonriente:

—Pronto es, Carlos, para que nuestro hijo pueda darse cuenta de todo el triunfal simbolismo que encierra, este recibimiento. Día llegará en que se dará perfecta cuenta de todo lo que representa este momento, que significa tener un hogar a cubierto de todo riesgo. Un hogar para él, donde vivirá y crecerá en compañía de

otros niños como él.

Tras elles tres, "Cien Chirlos", engalanado con sus mejores ropas, asentía, mudo y aprobatorio, a cuanta decía la esposa del Pirata Negro.

—Pardiez, mozo — exclamó Carlos Lezama, apoyando su mano en el hombro del adolescente—, Confiesa que es magnífico este panorama. Seis hermosas fragatas españolas te saludan. Se acabó el estar escondido como cachorro de lobo perseguido. De hoy en adelante eres Humberto de Ferjus, el hijo del conde Ferblanc, capitán en jefe de la Legión del Mar.

Rió Lezama, echando hacia atrás la cabeza y en jarras los brazos.

—No te envanezcas aun, hijo, por el hecho de que reúnas tantos títulos. Déjame a mí estar orgulloso por ti. Contempla el sol como luce acariciando las lonas. El mar susurra dándote la bienvenida. Alza el rostro, hijo, y cuando la lancha que con tu madre te lleve a tierra hacia nuestro nuevo hogar, demuéstrales que eres digno, hijo mío. Te destocarás al pasar delante de cada buque, pero sin humildad de asombro ni empaque de orgulloso. Y dime, ¿no te agrada todo esto?

Y con amplio ademán abarcó el Pirata Negro la bahía.

—Sí, padre—murmuró, modosamente, Humberto de Ferjus.

Acarició Lezama, con cierta rudeza, la melena de bucles castaños que caía sobre el amplio cuello de encajes del muchacho.

—A veces, hijo, hay que saber decir "no". Tendrás que aprender esta ciencia de negar. No te atosigo, porque comprendo que te halles algo perplejo ante toda esta zarandaja de cosas que nunca viste. Anda, vete con tu madre, que arriarán lancha que o-conducirá a tierra.

Mireya de Ferjus, antes de irse, simuló una reverencia:

—Y a mí, señor conde Ferblanc, ¿no me dais lección de los modales que deberé exhibir ante vuestros capitanes? . '

—Naciste marquesa para algo, ¿no? —sonrió él. ,

—Poca costumbre tengo de tratar con gente de mar, Carlos.

—¿No te bastó ni te dio empacho conmigo?

Marchóse ella riendo. Humberto asíase fuertemente de su mano.

El Pirata Negro gruñó:

—Este chaval parece estar siempre asustado de algo.

Repitió el comentario y al no oír respuesta giró la cabeza hacia

atrás.

—¿Te ensordecieron las salvas, guapetón? 1

—No, señor—replicó “Cien Chirlos” —Es que... es natural que el mozo esté algo pasmado con el ruido al que no está aún acostumbrado.

Encogióse de hombros el Pirata Negro.

—Procuráremos que se vaya acostumbrando a toda clase de ruidos. Bien, puedes ordenar que echen anclas y por si tú tampoco tuvieras costumbre, que no la tienes... ni yo tampoco, de mantenerse al pairo en el sitio que pertenece al buque almirante, ordena anclar dando frente a los dos primeros que nos esperan. Queda aun media milla por lo escaso. ¿Te.has dado cuenta que desde ahora eres todo un lugarteniente de un velero almirante?

—Soy tu segundo, señor, y no me cabe en el pecho la gloria de este gran día.

—¿Tanto deseabas ser un dogo al servicio de la ley?

—Lo que deseaba, señor, era lo que tú deseabas. Ir cabalgando olas, ir esperando bocados y arrear buenas coces, con el ánimo tranquilo, porque sabemos que hay hogar para tu esposa, mi señora, y tu hijo.

—Has progresado mucho, perillán, desde que tu señora, que es mi esposa, te la lecciones de gramática y pronunciación. Es cosa algo humillante, don Marcelo, que tenga que ser una dama francesa la que mejore tu forma de hablar en español. Esta sonrisa que luces ahora es digna del segundo de un velero almirante, por toda su anchura. Tienes mi venia, don Marcéelo, para largarte, o puesto al nuevo estilo, podéis retiraros a cumplir lo que os indiqué, don Marcelo.

Cuando el velero se inmovilizó, de las seis fragatas se destacaron respectivas lanchan también engalanadas.

En cada una de ellas, a proa, iba un capitán de navío, ostentando el brioso y elefante uniforme de las fuerzas marítimas españolas, destacadas en las Indias Occidentales.

Uno tras otro, fueron subiendo por la escalera aprontada al flanco del "Aquilón”. Fue una maniobra que demostraba la pericia y disciplina de los remeros, que conjuntamente atracaron las lanchas, en llegada ordenada por categorías de antigüedad de los oficiales que a bordo de ellas iban.

El primero en subir a cubierta, fue el capitán Ignacio Mejías, canoso y enjuto, de rostro magro y ojos claros.

Siguiendo con el ceremonial impuesto para esta clase de actos, en que se simbolizaba la entrega de los mandos de los respectivos buques, alineáronse los capitanes, espada desenvainada, aplicada la hoja desnuda al hombro.

En cubierta y ante sus veintitrés piratas, en postura de firmes y destocados, Carlos Lezama desenvainó, saludando.

Replicaron los seis capitanes y envainada el arma, fueren avanzando uno a uno:

—Capitán Ignacio Mejías, a la orden—declinó el más antiguo.

—Capitán Lope Holgado, a la orden—presentóse un coloso, de semblante taciturna y ojos coléricos.

—Capitán. Ramiro Díaz, a la orden.

—Capitán Gil Mouriño, a la orden.

—Capitán Andrés Silvestre, a la orden—declinó el más joven de los seis oficiales.

Carlos Lezama, iba estrechando la diestra de cada uno, a medida que efectuaba su presentación.

—Ahora, señores, mientras me conceden el honor de brindar conmigo en mi sala, les ruego ordenen descanso a sus fuerzas.

Hizo una seña Ignacio Mejías y el cornetín de órdenes, erguido tras él, sopló las vibrantes órdenes, que fueron reproducidas en las otras cubiertas.

Lope Holgado, unido por antigua amistad con Lezama, avanzó hacia éste, cediendo el paso a Mejías.

—Hermoso día, capitán Holgado, ¿no os parece?

—Digno de celebrarlo con vuestro mejor vino, conde Ferblanc —replicó con su habitual entonación brusca el aludido—. Porque es un día que, para mí, tiene un gran significado, ya que servir a las órdenes de quien se aprecia es servicio doblemente gustoso.

Poco después, en la sala capitana, los seis oficiales en pie, alzaron sus copas, mientras Lezama brindaba:

—Por la larga duración triunfal de la Legión del Mar, señores.

Cuando todos hubieron depositado sus copas, Carlos Lezama arqueó las cejas en gesto irreprimible:

—Solicito perdón si me siendo algo inclinado a fáciles ironías. Acéptenlas de buen grado teniendo en cuenta, que poco versado

estoy en dirigir discursos amables a señores oficiales. Y para seguir al pie de la letra este ceremonial en el que mi “Aquilón” recibe el gran honor de ser investido buque almirante, estimo que es obligatorio agradecer en su nombre la merced recibida. No quiero incurrir en e1 eterno fallo de los oradores que anuncian que no saben hablar, que son breves y están emocionadísimos. Como dijo nuestro almirante, don Juan Diéguez Rodríguez, formaremos una escuadra mixta. Mixta, porque serán tripulaciones de dos procedencias, pero debe ser una sola, porque tiste es nuestra misión: aunar los espíritus. Formaremos una masa compacta y espero que congeniemos. Vuestras mercedes olviden que fui pirata, como yo olvidaré que antaño no gozaban sus mercedes de mi particular aprecio. No tenemos ningún punto de antagonismo, porque nos une un mismo deseo: sanear el Caribe y continuar sintiendo nuestras vidas pisando cubierta de barcos que no quieren más pabellón que el de saber luchar con alegría y vivir con decencia marinera, que no es la decencia a ras de tierra. No me extiendo más, porque todos los exordios los considero superfluos. Estimo y vuestras mercedes aprobarán, que a cada caso, se aplica el discurso, según las circunstancias que lo imponen. Y para este caso, bastan ya las palabras.

—¿Ordenes, señor?—inquirió Ignacio Mejía.

—Ninguna por él instante, ya que hasta la llegada de la tripulación que complementará las nuestras, nada tenemos por hacer. ¿Queréis decirme algo, capitán Holgado?

—Nuestro almirante nos manifestó que os sugiriéramos que mientras llegan los tripulantes que nos habéis seleccionado, os dignaseis estudiar la posibilidad de que sea de vuestro agrado, el que verifiquemos juntos nuestras comidas, puesto que las fuerzas están en obligado reposo.

—Con gran agrado acepto esta indicación, señores. Mutuamente poseemos informes unos de otros, pero el charlar y codearnos algunos días, nos facilitará, seguramente irnos dando cuenta si nuestros informes son certeros. Dispensadme este mediodía porque tengo una invitación preliminar: nuestro almirante ha aceptado la invitación a almorzar de mi esposa.

Al ir saliendo, los capitanes fueren estrechando de nuevo la mano del Pirata Negro. E instantes después, cuando las lanchas

regresaban a las fragatas, murmuró Lezama, teniendo por único testigo a su segundo:

—Hoy ha sitio función de gran gala con guante blanco y muchos florilegios. Es mi deseo, guapetón, que esa concordia reine largamente entre los capitanes, las tripulaciones y nosotros. Vamos a tener muchas peleas don Marcelo y, por tanto, debemos procurar que la pelea sea contra los que infestan el Caribe y no contra, nuestros propios aliados. Labor ardua en que hará falta buena izquierda pero cuando ésta no baste tendremos que echar mano de los recursos que aprendimos bajo otro pabellón, pero en la misma clase de lid. Quedas a bordo, guapetón. Eres el amo. Hasta luego.

* * *

Mireya de Ferjus conocía de oídas al.llamado almirante Lúgubre, por su escasa propensión a sonreír. Juan Diéguez Rodríguez, burgalés de nacimiento, enjuto y sobrio, había adquirido un renombre inigualable.

Era el marino más considerado de las Indias Occidentales. No habían sido tan sólo sus dotes de mando y bravura las que le habían concedido los entorchados de almirante.

Muchos de los que le habían tratado, reconocían que el hombre considerado inflexible, poseía una cualidad indefinible, algo semejante a un cierto magnetismo, que tanto para favor como para castigo, parecía emanar de su personalidad.

Sus negros ojos luminosos, tenían una penetrante fuerza y lograban colocar siempre en situación de compleja inferioridad a sus interrogados. Pero también sabían posarse con amable expresión, como fue el caso, cuando Mireya de Ferjus, media hora después de haber sido conducida con Humberto a la suntuosa mansión que iba a convertirse en su hogar en Puerto Colombia, entró en el salón donde, según habíale anunciado un lacayo de atuendo medio militarizado, esperaba un visitante.

El almirante Diéguez inclinó su alta estatura:

—¿Tengo el honor de saludar a la señora marquesa de Ferjus?

—Os agradezco, señor almirante, vuestra bondad al tomaros la molestia de visitarme, cuando muchas otras cosas de importancia reclamarán vuestra atención.

—Creedme, señora si os afirmo que no ya por banal galantería, considero de la más gran importancia el visitaros.

Señaló ella un sillón que le daba frente, y, tras que ambos hubiéronse sentado, continuó el almirante:

—Indudablemente vos estáis muy calificada para conocer sobradamente al capitán Lezama. Por esa misma razón he venido a solicitar que seáis un ángel guardián para vuestro esposo como hasta ahora me consta lo habéis sido, y para mí. ¿Os hace sonreír mi petición de ángel guardián? Tened por cierto que lo preciso quizá tanto como el capitán Lezama. Favorables circunstancias nos han hecho a ambos depender el uno del otro. Para la Legión del Mar, él necesitaba de mí; pero, sin él, nunca me hubiera yo atrevido a organizar esta flota peligrosa. Simplemente, puesto que no ignoramos que el capitán Lezama es quisquilloso, pido vuestra indiligencia para defenderme si alguna vez él se considera menospreciado en cuanto vale. A solas, señora, y sin el menor asomo de halago, os doy mi palabra de que en la historia del Caribe sólo se conoce un hombre que, desafiando todas las leyes, menos las del honor, supo congraciarse con los representantes de estas leyes. Eso era cuanto quería decirnos: que, suceda lo que suceda en el futuro, siempre podáis llevar a la convicción, en el ánimo de vuestro esposo, que yo soy el primero en reconocer toda su valía.

—Él os admira, señor, porque siempre supisteis hallar la frase justa. Y para mi hijo, si bien aun no pueda darse cuenta, supone mucho el que dos caballeros del temple de Carlos Lezama y del almirante Diéguez hayan logrado conocerse. Comprendo muy bien que os anticipéis a lo que pudiera suceder, dado que vos sois el que manda, y Carlos nunca ha recibido órdenes. Pero también os puedo dar mi palabra de que Carlos acata con sumo agrado cuantos mandatos de vos puedan proceder.

—Hago votos para la larga duración de esta concordia, señora. Y, cambiando de tema, ¿queréis informarme si todo está a la medida de vuestros deseos? Me refiero a esta casa. Ha sido habilitada algo someramente, porque no disponemos de grandes facilidades.

—Precisamente acabo de recorrer todas las habitaciones, y me asombra el buen gusto que reina en la elección de mobiliario. Perdonad—se excusó, sonriente—, pero habitualmente, en el mar, no se aprende la ciencia de acomodar un hogar.

—Transmitiré vuestros elogios a Angélica. Es la esposa del

capitán Ramiro Díaz, y ella fue quien tomó a su cargo estos detalles para los cuales, con franqueza, no me hubiese atrevido a meter baza. Cuando hayáis reposado del viaje, y os plazca entablar conocimientos, os ruego invitéis a las señoras cuya lista dejé en vuestro saloncito. Son las familiares de los oficiales de la guarnición.

Hasta la llegada del Pirata Negro la conversación fue puramente concerniente a cuestiones de ambiente.

Al rígido saludo disciplinado de Lezama, correspondió el almirante con leve sonrisa.

—Bienvenido, capitán Lezama. Me complace comunicaros que vuestra esposa encuentra muy de su agrado esta casa.

Levantóse ella, manifestando que iba a tomar más amplio contacto con la servidumbre encargada de las cocinas. Al quedar solo, volvióse a sentar el almirante.

—Estáis en vuestra casa, capitán. Tomad, pues, asiento. Prescindamos de etiquetas. ¿No me he invitado a comer? ¿Qué tal la primera toma de contacto con vuestros subordinados?

—Bebimos una copa, brindamos por la buena, armonía de la Legión del Mar, y estamos a la espera de los acontecimientos.

—Confío mucho en esta Legión. Pero, por encima de todo, confío en vos. Cuando, terminada la comida, me despida de vuestra esposa, tenéis carta blanca para actuar según vuestro mejor parecer. Naturalmente, como ya os previne, tendré quien me informe, y para no oír un solo tañido de campana, dispongo de varios elementos audibles. Supongo que vos también habréis tomado las medidas pertinentes para que, sin que se den cuenta, vuestros hombres sean vigilados.

—Vos podéis saberlo, excelencia. En camino están ya los reclutados en el presidio de Riohacha. Se encontrarán en el litoral, a unas treinta leguas de aquí, con otra expedición. Los que he seleccionado de galeras. Pero entre éstos irán mezclados mis propios piratas. Veintiuno de ellos divididos en grupos de a tres, por cada barco, me servirán de lo que vos calificáis de elementos audibles. Por sus trazas, tienen un veraz aspecto de remeros de galera. Y acostumbrados a ruda disciplina, seguirán el mismo régimen que los restantes. Con ellos espero lograr estar, siempre al corriente del modo de pensar de la Legión del Mar. Es algo muy

necesario. Después, cuando les considere lo suficientemente acoplados, y vaya conociéndoles mejor, podrá zarpar rumbo a sus puntos de destinó la flota bajo vuestro mando,.

—¿Oh bastará un mes?

—Bastará, excelencia.

—Entonces, durante este tiempo podremos cambiar impresiones, cuando vuestra esposa me invite a visitarla. Y ahora, ¿qué os parece si en conjunto recorriéramos las habitaciones? Tengo curiosidad por enterarme cómo se amuebla una casa de forma que merezca, el sincero elogio de una dama entendida.

Y durante el resto de mi permanencia en el nuevo hogar del Pirata Negro el almirante Diéguez supo ser el invitado que se complace en compañía agradable.

Lo cual no obstó para que, al irse, Carlos Lezama, enlazando por el talle a Mireya comentara:

—Ahí va el juez de mis actos. Se lo perdono, teniendo en cuenta que, a la vez es el autor de nuestra actual tranquilidad. ¿Por dónde anda Humberto?

—¿No oyes?

Tendió, el oído Lezama, percibiendo las claras notas de unas cuerdas de violín al ser pellizcadas. Puso una evidente cara de asombro.

—Encontró en el saloncito un violín y no hay quien le aparte de él.

Carlos Lezama sonrió humorísticamente.

—¡Tate!... Cambia el violín por un cañón... No me haría mucha gracia que nuestro hijo nos saliera, violinista...

* * *

La cadena de forzados avanzaba penosamente por la selva colindante con el litoral. Llevaban andando cinco horas seguidas, y se aproximaba el atardecer del segundo día de marcha.

A ambos lados de la compacta cadena formada por tres hombres de a línea encadenados entre sí y con los que les seguían, soldados de infantería, arma al brazo, constituían la primera hilera de vigilantes.

Al frente y a retaguardia de la extensa columna compuesta por dos centenares y medio de hombree, iban dos pelotones de jinetes armados.

El que hasta entonces había sido cabo de vara en el presidio de Riohacha, y que gracias a ello había logrado ser encadenado junto a su amigo Rodrigo Arucas, apodado “Malasuerte”, mascullo:

—Por lo visto, esta vez el galeón ha anclado en sitio mucho más alejado que de costumbre. Esta marcha está poniendo callos en las plantas de los pies.

—Desollado voy yo, pero más, lo prefiero, a estarme pudriendo en las jaulas. Al menos aquí respiramos aire sano.

—Echando los bofes.

Al anochecer, el jefe de la columna dio el alto. En un recodo cercano del sendero que ascendía veíanse agrupados un centenar de hombres, custodiados estrechamente por infantes y jinetes.

Reuniéronse los jefes do ambas expediciones, y cuando reanudaron las columnas de presos su marcha una tras otra, rezongó Torcaz:

—Compañeros de fatiga para el viaje a las Españas, muchacho.

—Llevan al tobillo la argolla de los de galera.

—Eso es lo que me extraña. Si estaban va condenados a galera, ¿a qué los vuelven a enviar a España? A lo mejor hicieron plante... Pero si así hubiera sido, estaría ya sirviendo de alimento a los peces. En fin, llevo ya los pies muy cansados, para encima calentarme la cabeza pensando en lo que no me ingresa.

A media noche dio de nuevo el jefe de columna orden de alto. Esta vez descansaron los caminantes, y al filo del amanecer pusiéronse de nuevo en marcha, después de beber un líquido caliente deudo flotaban mendrugos de pan.

A las ocho de la mañana se divisaron las primeras casas de Puerto Colombia, pero la doble columna dio un rodeo, y por las colinas se dirigieron hacia la amplia bahía de Santa Marcia.

—Seis fragatas y un velero—contó el ex contramaestre Torcaz, emitiendo un hondo suspiro—. ¡Quién pudiera ir a bordo do alguno de esos cascos, aunque sólo fuera de pinche vapuleado!

—Abandona los sueños, Torcaz...— suspiró a su vez, Rodrigo Arucas.

Cuando va descendían la loma, un murmullo iba extendiéndose por entre los primeros de la columna procedente de Riohacha.

—¿Eh?—gruñó intrigado Torcaz, al oír el nombre que los de delante pronunciaban. Y dio un tirón a los eslabones para

aproximarse más al que ante sí tenía—. ¿Qué dijiste, “Vivales”?

—Conde Ferblanc. ¡Es él! Es él, el tipo que está en el estrado, y que detrás tiene a varios capitanes de mar.

—¡Toma! ¿Lo irán a ahorcar?..— preguntó Torcaz, ingenuamente convencido.

Pero el murmullo fue creciendo al irse dando cuenta los forzados que el que un día había sido compañero fugaz de cadenas estaba no sólo libre, vistiendo sobria pero elegantemente, ropa mosqueteril, sino que, además, ocupaba un sitio de honor, libres las manos y en primer.lugar del estrado erigido en el centro de la explanada playera.

El murmullo de asombro se extinguió debido a los culatazos de los soldados. Poco a poco los encadenados de las dos columnas quedaron formados alrededor del estrado.

Carlos Lezama miró circularmente, y, a una señal suya, los que estaban a sus espaldas fueron conducidos hasta ocupar la posición frontal al estrado, tras los que ya allí expectantes aguardaban.

Mezclados con los procedentes de varias galeras, había veintiuno de los piratas del “Aquilón”...

Un cornetín vibró estridentemente, ordenando ‘“firmes”. Maquinalmente, los encadenados obedecieron. El cornetín volvió a sonar, mandando postura de “descanso”.

Carlos Lezama apoyó los dos puños en las caderas.

—Hola gentuza. Vislumbro rostros de asombro, gentuza. ¿Por qué? Muchos de vosotros me conocéis. Ahí veo destacarse el cráneo mondo y lirondo de Abundio Torcaz, antiguo contramaestre. Veo también a su lado la jeta juvenil de Rodrigo Arucas, apodado “Malasuerte”. Y el hocico puntiagudo del listísimo “Vivales", llamado románticamente Reinaldo Suárez. Os preguntaréis por qué estáis aquí, y por qué estoy yo donde estoy. Nos vamos a explicar, gentuza.

Hizo una pausa, pura reír sarcásticamente.

—Muchos de vosotros podréis comprenderme. Os llamo gentuza, porque esto es lo que os cuadra. Venís de pudrideros. ¿Os dais cuenta, gentuza? Quiero que se os grabe bien esto en vuestros sesos. Estabais destinados a colgar de cáñamo, o a echar los pulmones por la boca amarrados al banco de galera. Y hete aquí que un almirante español, español como yo y vosotros, decide que tanto yo como

vosotros merecíamos mejor destino que seguir siendo gentuza. Y nos aúpa, nos tiende la mano abierta. Una mano en la que hay látigo, pero también viril calor. Nos quiere convertir da gentuza en hombres libres. Y empieza conmigo. Me llamó y más o menos me dijo: “Escucha, Lezama. Hasta hoy estabas muy orgulloso de ser el Pirata Negro. ¿Vamos a probar de que seas el orgulloso conde Ferblanc?”

Todos los rostros expresaban una intensa atención. Prosiguió la voz, con dura entonación:

—Me plugo el trato. Hablamos de la Legión del Mar. Los bizarros soldados del ejército regular llevan un honroso uniforme detonante. Llama mucho la mirada. El almirante Diéguez, del cual dependo, opinó que quizá podría sacarse partido de gente desesperada, de gentuza destinada a un final poco saludable. Pretende sanear el Caribe, y estima que los ardides de piratuchos de poca monta pueden combatirlos con más probabilidad de éxito aquellos que sepan entenderlos. Y de esta opinión nació la idea de seleccionar gentuza que circunstancialmente delinquió. Por esto visité como inquilino la prisión donde estabais la mayoría de vosotros. Os calcé los puntos. Hice también selección de los informes de vosotros que remabais en galeras. Y ocurre algo muy gracioso o muy trágico: yo he remado en galeras y he estado en presidio cercano al cadalso. Sé que si no logro escaparme por mis propios medios, hubiera acogido con gran, agrado alguna posibilidad de salvarme. Y eso es lo que habéis venido a escuchar: la posibilidad de convertiros de gentuza en peleones.

Hizo otra pausa el Pirata Negro, para cruzarse de brazos.

—La Legión del Mar es ya un hecho. Mirad a la bahía. Mirad como relucen al sol los cascos de seis fragatas y un velero. Podéis ir de tripulantes en esas naves. Se os puede enrolar en ellas. Las condiciones os las voy a decir: soldada diaria de un cuarto de onza, pitanza abundante, armas y trato de hombres. Por tres años estaréis alistados. Os librará tan sólo la muerte, conseguida, no a manos de un verdugo, sino en combate. Yo aceptaría. Él que no quiera, que hable sin el menor temor. Doy un minuto para que alce el brazo aquel que deseo regresar a la galera, o a Riohacha.

Fue quizá un minuto largo, pero que a alguno de los capitanes se le antojó innecesariamente largo.

Todos los presos, libertos de un solo brazo, quedaron inmóviles.

—¡Tate!... Parece que no se está, bien en galeras, ni a cubierto de los tejados de Riohacha. Habéis oído hablar de soldada, pitanza, armas, pelea y un plazo de tres años. Eso era lo bueno. Al cabo de tres años, aquel que quede en pie puede recoger sus papeles de hombre libre y volver a su terruño o alistarse de nuevo. Veamos ahora cuanto puede suceder: citaré lo más posible. Que sintáis deseos de largaros; tentación muy comprensible. Alguno quizá lo logre, aunque lo dudo. Pero aquel que sea cogido "dándose el olivo", que sepa ya a qué atenerse, para que luego no se llame a engaño. Primero recibirá treinta latigazos, y después se le dejará descansar. Se le dirá que en tal día de hoy expuse bien claramente que el que no quería alistarse no tenía más que manifestarlo. Después se le ahorcará por idiota. Puede también suceder que la disciplina os pese. Pesará. Por eso os daré algún tiempo para reflexionar. Sabed que quien habla claro nunca esperará sorpresas. Al mediodía se os servirá la comida ordinaria de a bordo. Después, el que quiera enrolarse no tendrá más que declarar sus nombres y apodo al escribano, y firmar o trazar la cruz que mejor sepa, bajo su nombre. Después, cruz y raya. Los que no hayan querido regresar a sus sitios de reciente alojamiento, serán ya los componentes de la Legión del Mar. Un último aviso. ¿Sabéis lo que eran los legionarios? Eran mercenarios romanos, asalariados, que valoraban en poco su pellejo, pero que sabían defenderla bravamente. Ahora bien; procedían de todas partes y tenían resabios. Tenían que olvidarlos, porque en la Legión sobraban los resabios, ya que los jefes eran elegidos entre quienes conocían todas las taras humanas, y aquí están vuestros jefes.

Destocóse Lezama el chambergo para señalar con él hacia los seis capitanes.

—Esos serán vuestros jefes. Esos son los caballeros del mar, bajo cuyo mando podéis convertiros en hombres de pelea. El que pretenda dárselas de listo, que luego no proteste, cuando le apriete un cáñamo el gaznate reseco, o cuando sus espaldas se abran en surcos lacerantes y sangrientos. He dicho lo bastante. El que quiera entenderme, que se aliste. Y que recuerde que el que en mí busque al hombre, lo hallará dispuesto a escuchar las justas palabras veraces. El que busque al mulo se dará cuenta de que coceando soy

un premio mayor y que se os incruste bien en la sesera mi aviso, ¡gentuza! Podéis Volver a ser hombres portándoos como tales. Abur.

A las tres de la tarde, el escribano vino a comunicar que, sin excepción, todos se habían alistado en la Legión del Mar.

* * *

—No es de los que para comer pescado se visten de almirante, y es todo un jefe. Con él al mismo infierno.

—Me gustó su frase del otro día: “Os conozco. Tratad de conocerme, pero no os equivoquéis, porque esos mástiles harán muy buenas horcas, y no necesito de jueces para darle labor al verdugo”.

—Y peleando es un león.

—Pero que no nos oiga. Ahí viene... y no gusta del adulón.

Acampados, los que ahora pertenecían n la Legión del Mar, efectuaban a diario, y bajo la vigilancia de contramaestre, ejercicios y maniobras quino tenían más objeto que volver a inculcarles el sentido de la obediencia a la dura disciplina marítima.

Pero todos ellos, salvo algunas excepciones, sentían acrecentarse la devoción hacia el conde Ferblanc.

Abundio Torcaz y Rodrigo Arucas rebosaban de satisfacción. Sentíanse redivivos, hombres resucitados, a los que prodigiosamente se les había concedido la merced de regenerarse.

Carlos Lezama, al resonar los silbatos de los contramaestres ordenando “firmes”, subió en el estrado desde donde liada quince días observaba de vez en cuando los ejercicios.

Sonreía amablemente, pero los piratas del “Aquilón”, mezclados con los demás legionarios, sabían que aquella sonrisa presagiaba cercana tormenta,

—Reposo, gente de mar. Ha sucedido algo nuevo. Se os dio permiso para que todas las tardes, de seis a siete, en grupos de a cinco, fuerais a beber y cantar a las cantinas preparadas para este objeto en la linde del poblado. Habéis ido... Y allí van también otros individuos que no pertenecen a nuestra legión. Muchos de vosotros procedéis del mar. Sois, pues, como mandan los cánones, supersticiosos. ¿No os avisé que yo era listísimo? Debisteis comprenderlo, viéndome el perfil. Avanza, “Vivales”, avanza dos pasos.

El interpelado, de rostro simiescamente inteligente, adelantóse.

Descendió Lezama del estrado.

—Avanza, Antón. Tú también, Porfirio. Tres buenos mozos. Muy listos, pero con un defecto. Se olvidaron que aquí todo se comprende, menos el no hablar a tiempo. Veamos, para que los otros se enteren. Hace dos noches, a las siete y cuarto, ¿dónde estabais los tres? Contesta tú, "Vivales"".

Era visible el temblor de los miembros del ex presidiario.

—Estábamos en la cantina número once, señor.

—¿Con quién?

—Con... esos dos amigos, señor.

El manotazo que en revés asestó el Pirata Negro fue tan inesperado y tan recio, que el apodado "Vívales" cayó sin sentido, echando sangre por la nariz y boca.

—A ti la palabra, Porfirio. ¿Con quién estabais?

—Se nos unió un marinero de extraña catadura, señor.

—¿Qué era lo de extraño que tenía?

—Su habla y su gesto. Muchos extranjeros hay por el Caribe, señor, pero de esa clase de extranjeros nunca vi.

—Bien, ¿y qué os dijo?

—Nos habló del castillo de las Nubes, señor. Nos dijo que era un castillo donde un generoso y poderoso jefe nos daría gran soldada.

—¡Ya! Hasta ahora vas bien. ¿Y qué le contestaste?

—No le hicimos caso, señor... ¡Te lo juro, te lo...!

Cayó también, derribado por recia puñada en el rostro.

—¡Amarradlos!—dijo secamente el Pirata Negro, señalando a los dos caídos—. Conducidlos al pie de aquel árbol y aguardad mi orden.

Los dos contramaestres obedecieron, llevándose a rastras a los dos vapulados.

—A ti te toca el turno, Antón. Sigue contando desde el punto en que Porfirio perdió el timón.

—Quedamos, señor, en que... mañana al anochecer, en el paraje llamado, del Búho, nos uniríamos al extranjero... para alistarnos con el jefe pirata del castillo de las Nubes. Y eso nos dio como señal de paga.

Antón arrojé al suelo una bolsa que tintineó.

—Tarde trinaste. Antón. Ya os advertí. El que quisiera largarse, debía ser muy listo. Del asno tengo yo las orejas muy largas, y ellas os oyeron. ¿Algún espía? Posiblemente. ¡Amarras para ese también!

¡Al tercer árbol! ¡Toca oración y silencio, corneta! Tres cuerdas, y horca para esos tres. ¡Cumplid sentencia!

Descubrióse el Pirata Negro cuando, pendientes de los tres árboles, quedaron tres cuerpos inertes, en los que había cesado todo pataleo.

Volvióse a cubrir.

—Habéis presenciado algo que no os ha extrañado, esos tres hombres, si hubiesen hablado tan pronto recibieron la oferta del extranjero misterioso, nada, les habría pasado. ¿Que eso es ser chivato y soplón? No, gente del mar. Eso es defender nuestra legión. Ahora sé que existe un castillo al que llaman de las Nubes, y que nadie sabe a ciencia cierta dónde se halla. Sé que hay en él un jefe que se dispone a reinar como dueño y señor del Caribe y para quien somos un estorbo. Ha intentado sobornar a vuestros tres compañeros. Ya habéis oído: los dieron dinero y les ofrecieron buena soldada. Seguramente una soldada mejor que la que aquí se os ofrece. Os aseguro que no bromeo al invitaros a ir en busca de ese castillo de las Nubes. Podréis iros, y tenéis mi palabra de conde Ferblanc que nadie os cortará el naso. Pero escuchad… Poco os durará la felicidad allá en este misterioso castillo, porque la primera labor de in grupo de la Legión del Mar va a ser, primero, localizar este castillo, y, después, arrasarlo y no dejar a títere con cabeza, ¿Nadie quiere ir para allá? Mejor que mejor… Tierra para esos tres desgraciados.

Y los demás, lamentándolo macho, se quedan sin cantina, hasta que consiga yo dejar a ras de cimientos el castillo de las Nubes.

CAPÍTULO PRIMERO

El castillo de las nubes

Stenka Volodin era exuberante en todo. En corpachón, en pelambre, en risotadas, en excentricidades y. en cambios bruscos de carácter.

Pasaba con suma facilidad de una alegría desbordante a una tristeza colérica. Y por el desordenado complejo del alma rusa, Stenka Volodin era temido y venerado por sus servidores.

Era una peculiar y original historia la de Stenka Volodin. Cosaco dedicado al pastoreo en las cumbres del Cáucaso, pertenecía a la servidumbre de un boyardo, rico terrateniente, dueño de la mayor flota fluvial que surcaba las aguas bajas del Volga.

Nunca pudo Stenka Volodin precisar cuándo nació en él aquel extraño sedimento de rebeldía que le hizo aborrecer la vida bestial del alegre cosaco con el solo amor de la estepa y el caballo.

Lo más que recordaba era que cuando tenía veinte años y era ya un aguerrido caballista que había pasado y sobrevivido a las pruebas de todo cosaco digno de tal nombre, una noche, al claro de la hoguera y oyendo sollozar la balalaika de otro de los pastores, empezó a pensar por qué él no tenía más que las pieles que vestía y el mustang de corto pelo y escasa talla que montaba a todo galope azuzando al ganado del boyardo.

Y también empezó a considerar injusto que el viejo y achacoso boyardo dispusiera de todos los bienes que la riqueza depara, mientras él, joven, fuerte y valiente, no poseía más que el humilde amor de una zafia campesina.

Una vez había ido a conducir ganado a una de las tantas estancias propiedad del boyardo. Había oído rumor de risas, y. asomándose a una ventana, había oteado a través de los cristales

una profusión de vajillas de oro, mujeres hermosas, joyas...

No había visto más porque un cosaco al servicio del boyardo le había amenazado con el “knut”, el corto látigo.

Y complementando el influjo de las notas hirientes de la balalaika, la evocación de la orgía hizo que repentinamente Stenka Volodin se pusiera en pie de un salto.

Lanzó un grito salvaje, montó a lomos de su mustang y nunca más, supieron los cosacos pastores noticias de Stenka Volodin.

Hacía ya de aquello veinticuatro años y por aquella noche brumosa y desde la cumbre del castillo que se erguía majestuoso entre nieblas, Stenka Volodin, en lo alto de la almena, dominante sobre los riscos, se abandonaba a soñar.

Volvía a ver al joven cosaco de gorro peludo y largo abrigo, ambas prendas procedentes de dos reses sacrificadas tras dos años de trabajo y como recompensa generosa aparte de la comida, que arribó a las márgenes del bajo Volga.

No sabía aun cuál era el impulso que hasta allí le había llevado, galopando como un energúmeno. Desmontó y se puso a contemplar las lanchas planas que, remadas por cansinos marinos, remontaban la corriente.

El monótono rumor de los largos remos entrando acompasadamente en las turbias aguas; la cantinela monosilábica de los remeros; el fluir de las aguas; el despliegue lejano de velas... Todo constituía para Stenka Volodin, el joven cosaco una nueva visión.

Decidió también, repentinamente, que había encontrado, per fin, el oscuro camino que le conduciría al triunfo. Ahí estaba el escenario donde su viril fortaleza hallaría campo de acción ilimitada.

Se forjó una imagen toscamente metafórica: los ríos desembocaban al mar y antes de llegar a su desembocadura se ensanchaban. El manantial que brotaba de los montes, iba adquiriendo volumen, amplitud, hasta confundirse con la inmensa extensión del mar.

Y esa sería sil vida: de manantial montañés se convertiría en amplio mar. No perdió más tiempo en meditaciones; vendió su caballo, su sable y su lanza.

Por espacio de meses fue uno más de los cargadores de fardos

del bajo Volga. Por las noches frías, heladas, en que la estepa semejaba un espejo refulgente de alburas y cuando los lobos aullaban hambrientos, Stenka Volodin sentábase junto a la hoguera de los marinos.

Oía narrar las hazañas de los esporádicos piratas del Volga. Gente sensual, holgazana, que vivían espléndida y cortamente, agotando en breve plazo la copa de todos los placeres.

Todos ellos aparecían en las narraciones con rapidez y efímera duración: relámpagos en cielo tormentoso.



...se erguía majestuoso...

El cerebro de Stenka Volodin era lento en sus evoluciones. Pero cuando algo le llamaba la atención, parecía como si lo que le interesara se grabase en su mente como un hierro al rojo vivo.

Y comprendió dos cosas: que aquel que no tenía empeño en vivir mucho tiempo hallaba fácil enrolamiento a bordo de uno de los veleros que recorrían los muchos afluentes del Volga.

Esto era lo primero que dedujo de las narraciones de los marineros y cargadores. Y lo segundo: lo que más se le mostró evidente, era que todos los que acaudillaban tripulaciones de bandoleros del río, ostentaban un reinado de muy corta duración.

Delaciones, traiciones de mujeres, sobornos de loa agentes del

Zar. Una noche, un marinero dijo que desde los tiempos de Stenka Razine, el famoso pirata que llegó a ser el dueño y señor absoluto del Volga, un segundo Zar en Rusia, ningún jefe pirata había logrado emularlo.

Debíase, sin duda, a la eficaz vigilancia que ejercían los destacamentos armados del Zar.

Al oír el nombre de su homónimo, creyó Volodin ver en alto un buen presagio. Arrodillado ante su icono, rogó, ingenuamente, pidiendo con fervor, que le fueran concedidas dos cosas: llegar a ser un segundo Razine y lograr retirarse a tiempo, antes de morir crucificado en los palos de su propio barco, que tal era el género de sentencia para todo pirata.

Por entonces, Stenka Volodin era ya un robusto atleta. Sus gruesos brazos compactos alzaban fardos que necesitaban del esfuerzo combinado de dos hombres.

A modo de juego doblaba entra sus manos los mangos de hierro de las largas pértigas de los remeros de barcazas. Y fue remontando el rio, complaciéndose en ir dejando muestras de su valor y fuerza por todos los sitios que pasaba.

Por dos veces le abordó un mercader ambulante, distinto en aspecto físico, pero semejante en atavío y palabras. Venía a ofrecerle la posibilidad de enrolarse a bordo de un velero pirata.

Denegó. Él quería y perseguía una meta. Entrar al servicio del que por entonces era considerado el terror del Volga: Akim Reszke, el tártaro, por cuya captura ofrecían diez mil rublos.

Vagabundeó Volodin un año y al final logró pisar la cubierta de uno de los veleros de Akim Reszke.

Cuando una caucasiana celosa, intentaba atraer a una emboscada a Akim/Reszke, Stenka Volodin mató a una mujer, salvando, indudablemente de la muerte al jefe pirata.

El tártaro sintióse complacido y quizá por secreta admiración ante la insensible crueldad con la que Stenka había dado muerte a la mujer, le nombró ayudante de verdugo de su propio velero.

Por espacio de dos meses, tuvo Stenka ocasión de ejercer y logró su ascenso a verdugo en jefe. Le gustaba mucho a Akim Reszke presenciar las ejecuciones en que actuaba Stenka.

Acariciándose los largos mostachos negros y untados de grasa de lobo, Akim Reszke aguardaba el momento en que, dando fin a las

torturas, anunciaba Stenka la muerte del supliciado, riendo sonora y alegremente.

Era una risa contagiosa: una risa, henchida de bondad, acariciante, Y tenía Stenka otra particularidad muy del gusto del tártaro: en los festines con los que Akim celebraba alguna rapiña provechosa, las mujeres redamaban la presencia del cosaco Stenka, porque cantaba melodiosamente con una honda voz de bajo que agigantaba aun más su presencia ciclópea, y al inicio de una de sus melopeas montañesas, retumbaba la vajilla sobre la mesa.

Los ojos azules de Stenka, su risa sus canciones, su fortaleza y su habilidad en el manejo de las armas, le hicieron pronto popular.

Un día desapareció Akim Reszke Su cabeza apareció hincada en una lanza en plena plaza de Odessa. Nadie supo quién había percibido los diez mil rublos.

Stenka habíase limitado en ocasión en que acompañaba al tártaro a una de sus casas donde mantenía un hogar, a decapitar a su jefe. Metió la cabeza en un saco y con esta carga a hombros Se presentó al atamán, representante del Zar.

Percibió la recompensa y poco después regresaba a bordo, trayendo, en otro saco, el resto del cuerpo del tártaro. Dijo que había logrado rescatarlo de manos de los soldados del Zar.

En la pira mortuoria donde ardían los restos de Akim Reszke, todos los tripulantes fueron pasando por las llamas las hojas de sus sables y la magnífica voz de Stenka entonó la más sentida de las canciones.

Fue elegido jefe. Demostraba la cazurra astucia del campesino y el éxito acompañó las primeras correrías de la tripulación al mando de Stenka.

Las mujeres acogían de buen grado las invitaciones del que iba siendo un famoso pirata. Se le conocía ya por Stenka a secas. Pero hubo algo que el cosaco no había previsto.

La embriaguez de la gloria era muy distinta al mareo del vodka. Un exceso en libaciones dejaba al día siguiente al despertar un extraño sabor de boca, pero al mediodía aquella sensación había desaparecido y nada cambiaba.

Pero el incienso de las adulaciones, al oírse llamar “el segundo Zar”, fueron sensaciones ignorarlas, que, como una droga, fueron adormeciendo las suspicacias de Stenka.

Estimó que donde olios habían fracasado, él triunfaría. El| reinaría como señor del Volga años y años.

Cuando nació Lubianka, su primera hija, Stenka ordenó organizar unos festejos, cuya duración de ocho días, propagara por todos los ámbitos del gran río, que el gran Stenka era padre;

La circasiana que dio a luz a Lubianka Volodin, era renombrada como la más bella flor de los vergeles de la tierra, famosa por sus bellezas. Agentes de un noble de la corte, habían querido dotar a sus padres para enviarla a Petrogrado.

Pero Stenka sólo tuvo que aparecer para reinar en el corazón de la circasiana. La aureola de su fama, su presencia, sus amables ojos azules, la sonoridad de su voz acariciante, le granjearon la rendida admiración de la que hubiera podido llegar a ser gran figura en la corte, como favorita de los poderosos.

Veintidós años después… y evocando aun suspiraba Stenka. No por sentimentalismo, si no porque el nacimiento de Lubianka, pareció señalar, el principio de la fatalidad, el “nitchevo” que equivale al “estaba escrito” mahometano.

Fueron primero dos barcos incendiados; después, otro amotinado. Si bien Stenka, personalmente, actuó de verdugo y el resto de sus hombres, se prosternó ante él aclamándole jefe insustituible, la buena estrella del cosaco empezó a palidecer.

Murió la circasiana y otros dos veleros fueron puestos fuera de combate hundidos por buqués del Zar.

Quedóse Stenka con solo un velero. Acosado, sintiéndose rodeado de lobos, que con el acicate de la recompensa de veinte mil rublos, aguardaban el instante propicio renació en él la cazurrería campesina y decidió que era hora de retirarse.

Reunió a los más fieles, simularon el incendio con todos sus tripulantes del velero y desapareció el pirata del Volga, para en el Báltico, lejos del teatro de sus crímenes, aparecer un Stenka Volodin, rico terrateniente.

Su mansión era, más bien un castillo fortificado, dominando las bajas tierras arenosas del Báltico. Allí fue creciendo Lubianka, arisca, caprichosa, cruel.

Y también fue ella la que atrajo el “nitchevo” Tenía ella dieciocho años, cuando un viajero de la corte, escollado por numerosos soldados del Zar, ni regreso de una misión diplomática a

un principiado germánico, se detuvo asombrado en un recodo del sendero.

Acataba de ver a Lubianka, y fié como si un rayo le cegara. Era ya un hombre viejo. Había conocido a la circasiana que fue esposa de Stenka Volodin y sabedor de su muerte, comprendió que se hallaba ante la propia hija de Stenka, el que todos creían muerto.

Fingió necesitar bebida y pienso para los caballos, y la traza de loa servidores de la mansión, acabó de confirmar sus sospechas.

—¿Tu padre no se llamaba Stenka, hermosa?—preguntó.

Fue su sentencia de muerte. Ella no replicó, pero en el salón vestíbulo se apartaron unas cortinas y apareció Stenka.

No era ya el juvenil cosaco, Había, dejado crecer sus barbas y su cabellera. Ya no se tonsuraba el cráneo y la faz.

Pero sus ingenuos ojos azules, su voz, su fortaleza evidente en el corpachón macizo, hicieron que las pupilas del diplomático se dilataran.

Sólo dos lograron huir de la comitiva. El resto fue pasado a cuchillo y, a su vez, Stenka apuñaló a los que no habían conseguido dar alcance a los supervivientes.

Meditó un día y reuniendo a sus hombres, efectuó la última incursión pirática en tierra europea. Se apoderaron de un velero y pusieron proa a las Indias occidentales.

Lubianka continuó, como siempre, arisca, cruel y caprichosa. Sólo sonrió como si recibiera un juguete nuevo o una joya brillante, cuando desde el velero y tras una dificultosa travesía por tierra a lomos de caballo y en lancha surcando pantanos, llegó ante el castillo de las Nubes.

Allí le explicó su padre, que iban a vivir en lo sucesivo. Nadie conocía allí al pirata del Volga.

El castillo estaba abandonado y sus muros presentaban derrumbamiento y grietas. Cuanto contenía el velero en tapices, muebles y cofres, pasó al interior del castillo.

Era un sitio privilegiado. Los naturales de aquella tierra llamaban a la extensa comarca, “Los Campos Azules”. Decían los nicaragüenses, que por los pantanos, donde pululaban cocodrilos y serpientes, navegaban almas en pena.

Las mismas almas que habían obligado a huir a los nobles españolas que habían construido el castillo.

De los pantanos subían vahos vaporosos saturados de perfume de flores extrañas: escaciosas, anémonas, nenúfares…

Los riscos en cuya cumbre erigíase el castillo, eran constantemente aureolados por nieblas.

Por tierra nadie podía acercarse al castillo sin ser visto y a no ser uno de los hombres de Stenka, nadie con vida llegaría a atravesar el dédalo de arenas movedizas, fangosos hoyos y fauces dentadas que fraternizaban con los deslizantes reptiles de venenosa mordedura.

Por mar, distaba el castillo cinco leguas de la franja pantanosa que hundía su cieno en el Caribe.

Por espacio de dos años, Stenka Volodin vivió como un sátrapa boyardo. Sus hombres, montados en sus pequeños caballos que habían traído de las estepas, efectuaban por tierra incursiones.

Regresaban con botín y mujeres. Pero Stenka empezó a sentir nostalgia de sus tiempos de dueño y señor del Volga.

¿Por qué no podía, reinar en el Caribe? Su hija manifestó la certidumbre de quien había escapado del Zar escaparía de toda intentona de aquéllos españoles de tez bronceada, modales corteses y apasionado romanticismo.

Fue una de las ocasiones en que rió Lubianka con la misma expresión que tenía Stenka cuando en cubierta y ante Akim Reszke, terminaba de ajusticiar, entre atroces suplicios, a un condenado.

No había sido más tarde que aquella mañana. Y como era reciente, Stenka, desde todo lo alto de su castillo, recordaba, palabra por palabra, la conversación sostenida con su hija.

Ella había entrado a las diez de la mañana en la gran sala, donde Stenka, en la larga mesa, desayunaba echando pedazos de carne a los grandes dogos le servían de distracción a aquellas horas tempranas.

El desayuno de Stenka atestiguaba la razón de su capacidad torácica. Un cordero lechal asado era reducido a pedazos entre los dedos del cosaco y masticando ruidosamente, de vez en cuando, Stenka se secaba los grasientos dedos en sus barbas y bigote.

La grasa de res daba brillo y sedosidad a sus rubios cabellos.

—Espero que tu sueño haya sido largo y agradable, padre mío— saludó Lubianka, como todos los días.

Stenka limitóse a gruñir, ayudándose con el pulgar para no permitir que de su boca se escapara la costilla que estaba

deglutiendo.

Sentóse Lubianka en el brazo del sillón ocupado por su padre.

El insensible pirata tenía íntimamente cierto miedo de su propia hija. Se le antojaba que era cruel, que era insensible, que jugaba con él, que gozaba torturándole moralmente, burlándose de él.

—¿Cuándo reinarán en el Caribe tus veleros, padre mío?

Stenka bebió el contenido de un jarro de a litro, limitándose a chasquear los labios, al irlo apurando con dos pausas,

—Vino español, padre mío, — dijo Lubianka, con su entonación melodiosa. También su registro de voz era grave.

Esbelta, morena de cabello, blanquísima de tez y grandemente abiertos sus claros ojos ele un gris levemente azulado, Lubianka Volodin poseía un encanto fascinador.

Pero asustaba a su padre...

—Sí. Vino español. Vino que da mucho calor en las venas, Lubianka. Vino peligroso para quien no sepa beberlo. Yo no me embriago, Lubianka.

Yo no le temo al poder diabólico de los españoles.

—Yo tampoco, padre mío.

—¿Jacinto?—y más que preguntar, parecía el afirmar.

—Es amable, es galante, es cortés, padre mío. Bebe sin hacer ruido, se seca los labios con lienzo, se pone en pie cuando entro. Es un caballero. Es lo que nunca de tus hombres ha sido ni será, padre mío. Es alegre y nunca siente tristezas. No canta para no maldecir. Canta porque tiene buen corazón.

—Escúchame, Lubianka. Juré, cuando tu madre se moría, que yo siempre respetaría tus caprichos. Nunca demostraría amor por nadie... ni por mí mismo. Tuve hombres a mi servicio, arrogantes, luchadores bravos, que podían haber sido buenos maridos para ti. Rozas ya los veintiún años y vives sin amor... hasta que encontraste a ese español.

—Era un día triste, padre mío. Yo paseaba con mi caballo por la montaña seca, donde no hay barro ni pestilencia de flores malas y oí la canción de un jinete que se aproximaba. No entendí bien todas las palabras, porque el marino español que apresaron los nuestros, lo mataste demasiado pronto.

—Intentaba escaparse.

—De mí, porque me hablaba de amores y yo me reía. Y el día en

que acercó su mano a mi rostro, le azoté. Me tuvo miedo… y era un hombre fuerte.

—Te tuvo miedo y era un hombre fuerte — repitió, maquinalmente, su padre.

—Pero Jacinto es tan diferente a cuantos hombres he conocido…

—Le invitaste a visitar el castillo y bien sabías que quien aquí entra, si no es de los nuestros, nunca saldrá con vida.

—Cuando pasé por su la rio, se quitó el chambergo, me saludó y yo le pregunté cuál era la canción que estaba cantando. Me replicó que era el romance del juglar extraviado. Pidió permiso para besar mi mano. Por vez primera, un hombre apoyaba sus labios en mi mano. Me dijo que se llamaba Jacinto Brito, que era hijo de españoles, que había nacido en una bella isla del Caribe y que, ansioso de conocer inundo, recorría tierras donde pocos hubieran pisado. Le invité a conocer mi castillo y riendo me dijo que si yo necesitaba un preceptor, podía pagarme la hospitalidad dándome lecciones de perfeccionamiento de la lengua española.

—Quince días hace que aquí reside.

—Me cansan ya sus canciones. Mientras le vi indiferente a mi presencia, me interesó. Pero, luego… como todos los hombres que me ven, empezó a contarme requiebros, que así llaman en su isla, a las frases en que se elogia la hermosura femenina. Está enamorado de mí, padre mío.

—¿Y tú?

—Me he cansado… Puedes darle muerte cuando quieras. Ayer noche se atrevió a besar mi mano, sin pedirme permiso y se arrodilló declarándome su amor. Quiere casarse conmigo. Quiere pedirte tu consentimiento. Quiere conocerte.

—Esta noche le invitaré a cenar.

—¿Cuándo surcarán veleros tuyos el Caribe, padre mío? Quiero conocer más españoles.

—Es un mar peligroso, Lubianka. No son quietas sus aguas, ni hay etapas donde cabalgar. Seré pronto un jefe afamado, pero debo obrar con cautela.

Ella se había marchado y al anochecer, hacía apenas una hora, Stenka había visto, por vez primera, al joven español

Sus risas, la claridad azul de sus ojos, su aspecto de hércules bonachón, agradaron a Jacinto Brito, el cual fue sintiéndose

propenso a confidencias.

La conversación fui generalizándose.

—...y es mi propósito, establecer una factoría de barcos mercantes, joven amigo—explicó Stenka con su gutural pronunciación, donde muchas de las palabras eran mutiladas—. Buen mar el Caribe.

—Hasta hoy muy peligroso, señor.

—¿Por qué hasta hoy?

—Vengo del Sur y allí, en la ciudad de Puerto Colombia, he sabido que el almirante Diéguez está organizando una flota que, al mando del conde Ferblanc, se propone aniquilar todos los reductos piratas, llevando la pelea al propio campo adversario. Una flota que llamarán la Legión del Mar. Reclutando mercenarios aguerridos en todas lides. Corre el rumor de que pronto las fuerzas que acamparán cerca de Puerto Colombia, al mando del conde Ferblanc, exterminarán a cuanto bandolero hay en el Caribe.

—Muy interesante, mi joven amigo. ¿Quién os ese conde Ferblanc?

—Nadie le conoce. Dicen que es un aristócrata francés.

—Me conforta saber que en el Caribe reinará la vigilancia. Y ahora, mi joven amigo, ¿damos un paseo por las almenas?

—Como gustéis.

En el mismo sitio donde ahora se hallaba Stenka, habíase detenido Jacinto Brito, que, ansiosa la voz, murmuró, apenas hubieron salido del comedor:

—¿Os habló vuestra hija, señor, de mi anhelo?

—Sí. Es muy hermosa Lubianka.

—Es adorable. Reúne todas las perfecciones.

—Es buena mi Lubianka.

—Es buenísima, señor.

—Sois muy joven. ¿Qué os parece este castillo?

—Nunca pensé que en esta extensión se hallara morada tan cómoda.

—Difícil es llegar a ella. Vos pudisteis, porque mi hija os acompañó por el paso sin peligro. ¿Qué os pareció mi servidumbre?

—Nunca conocí a caballeros rusos, señor. Tienen traza ele hombres recios, combativos, silenciosos...

—Os aconsejo que olvidéis este castillo. No os casaréis con mi

hija, porque Lubianka es perversa. Lubianka ha heredado un alma de espíritu diabólico. Lubianka os haría padecer mil tormentos, sin rozar tan siquiera vuestra piel. Adiós, mi joven amigo.

Jacinto Brito gritó paralizado por el terror y preso entre las manos de Stenka cuando éste, rápidamente, lo asió por el cuello y el cinto, y elevándolo por encima de su cabeza, lo balanceó unos instantes en el aire.

El cuerpo del joven viajero hambriento de aventuras, salió proyectado por el espacio. Fue rebotando de roca en roca y cuando destrozado cayó en la base de los riscos, varias masas obscuras y escamosas, arrastrándose por el fangoso terreno, se dispusieron n servir de tumba viva al que se había enamorado de Lubianka Volodin.

Y Stenka olvidó por completo al joven invitado. Ahora sólo pensaba en la Legión del Mar.

Paseó hasta la medianoche, y, de pronto, retrocedió, palideciendo.

Pero recobró el ritmo de su poderosa respiración normal, cuando acercándose comprobó que la figura que creyó un espectro, era su propia hija enteramente vestida de blanco, suelto el cabello sobre los hombros y desnudos los pies.

—¿Qué haces paseando a estas horas, Lubianka?

—El grito del español al despeñarse me tiene desvelada, padre mío.

—¿Por qué?

—Ha sido un grito extraño. No era de miedo. Era de asombro.

—Creo que empezó a comprender que eres mala, Lubianka. No gritó porque iba a morir, ni porque le asombrara mi acción. Gritó porque comprendió que si le engañé, fue porque primero tú le engañaste. Tengo miedo por ti, Lubianka. Eres cruel.

—Soy tu hija, padre mío.

—Pero yo he plantado un árbol, he leído los libros santos, he tenido una hija y una vez amé. Soy, pues, un ser humano. Tú... eres demoníaca, Lubianka. Sólo un amor podrá salvarte.

—Hace frío, padre mío. La niebla ha invadido tus ojos.

Stenka Volodin frunció las cejas. Al fin, dio media vuelta. Su hija, andando tras él, preguntó:

—¿Qué es la Legión del Mar, padre mío? Os escuché a los dos.

—Es… como los soldados del Zar en nuestra patria lejana. Y desde este mismo momento, tengo que meditar el mejor medio de aniquilar a la Legión del Mar. En Rusia dejé que las fuerzas del Zar me persiguieran. Aquí no se repetirá. He aprendido mucho, Lubianka. No debo dejar que la Legión del Mar crezca. Está, naciendo… y la ahogaré, como… como debí hacer contigo cuando naciste.

—Buenas noches, padre mío. Largo sueño y reposo, padre mío.

El festón de nubes que coronaba el castillo se entreabrió y la pálida faz lunar plasmó livideces argentinas, en el semblante del valiente pirata del Volga, cuando al verse marchar a su hija escaleras abajó, se persignó como cuando allá, en sus montañas del Cáucaso, creía ver, en alguna sombra, la imagen del diablo.

Capítulo II

El grupo de choque

—¡Séptimo grupo! ¡En formación para revista!

A la voz del contramaestre, corrieron en la explanada de la bahía, una cincuentena de hombres hasta alinearse en triple fila.

Ante ellos, fue desfilando el capitán Andrés Silvestre, examinando el bruñido de los aceros que los hombres presentaban.

En otro paraje de la bahía, resonó otra voz llamando en formación el grupo segundo, que fue revistado por el capitán más antiguo, que lo era Ignacio Mejías.

Entre sí, los seis, capitanes habían comentado que era lógico que hubiera siete grupos numerados: uno por cada buque.

Pero les intrigaba el especial entrenamiento al cual el propio lugarteniente del conde Ferblanc, sometía a una treintena de hombres, escogidos entre los más fuertes y ágiles.

Un grupo sin número de orden, al cual llamaban “de la botasilla”, porque eran los que seguían un adiestramiento en el que el cuidado de los caballos seleccionados, ocupábales la mayor parte del día.

Parecía como si el conde Ferblanc quisiera organizar un equipo de centauros identificados con sus monturas como con sus propias ropas.

Intempestivamente y cuando los otros grupos dormían en sus tiendas de campaña, el cornetín enarbolado por Rodrigo Arucas, vibraba estridentemente tocando punto, llamada y botasilla, que era la consigna para llamar al grupo sin numeración.

Y en plena noche, los componentes de aquel grupo, debían, en escasos minutos, formar montados, armas dispuestas y despierto el semblante, para ser revistados por el propio conde Ferblanc.

Seguían extraños ejercicios de orientación, uso de teas que, al ser lanzadas en la noche, desparramaban chispas de distintos colores, cabalgatas pegados al flanco del caballo, descensos por rampas pronunciadas...

Había habido ya cuatro jinetes muertos, deslomados por caídas.

El campamento entero tenía una secreta curiosidad por averiguar a qué uso destinaba el conde Ferblanc al grupo sin numeración, que estaba sometido a tan rudo entrenamiento.

Los primeros en saberlo fueron los propios interesados, cuando a las cuatro de cierta madrugada, oyeron el conocidísimo toque de punto, llamada y botasilla.

Verificaron como siempre la operación de ensillar y montar para la formación, en un tiempo mínimo.

En el grupo estaban Rodrigo Arucas el cornetín de órdenes y Abundio Torcaz.

Al llegar al sitio de la explanada designado para su reunión, encontraron montado en blanco corcel al conde Ferblanc.

Tras él dos portadores de antorchas, iluminaban el paraje. Rodrigo Arucas obedeciendo a las órdenes verbales, tocó “descanso” y los jinetes adoptaron una postura más carente de rigidez.

—Ha llegado el momento de que secáis la razón por la que, siendo tropa de mar, os he convertido en jinetes de tierra—empezó a explicar el conde Ferblanc—. Nuestra fuerza es esencialmente marítima, pero su cometido es ambiguo y anfibio. Los reductos que hemos de vencer, no son siempre naves. Las tripulaciones siempre tienen refugios donde alojarse y vuestra misión será localizar dichas guaridas. Constituís el grupo de choque de la Legión del Mar.

La calificación hizo que alguno de los jinetes se sintiera doblemente orgulloso.de haber sido elegido.

—Os elegí estudiando los informes que de vosotros poseía. También tuve en cuenta vuestro aspecto físico. Indudablemente, estáis dotados de un rostro que os favorece para el cometido que os ha sido destinado. Cualquier jefecillo receloso, no verá en vosotros más que presuntos desertores, huidos de la justicia, gente maleante. Podréis infiltraros entre los que se trate de exterminar y seréis acogidos entre ellos como nuevos cofrades. Esa es, en líneas generales la misión del grupo de choque: infiltrarse en las líneas enemigas, para tomar los datos necesarios, que permitan a vuestros

compañeros de a bordo, atacar cuando se les señale y con las mayores probabilidades de éxito. Por el instante, una misión hay en vista. Cuántos de nosotros iremos a ella, aun no lo sé. Dependerá de un informe que esta noche recogeré personalmente. Tú “Malasuerte” y tú, Torcaz, os quedáis conmigo. Los otros partiréis en grupos de a tres a las distintas cantinas. En ellas pasaréis el día entero y procurad adoptar continentes de desagrado. Semejad gente descontenta; no os privéis de decir en voz alta que estáis ya hartos de la disciplina y del exceso de trabajo. Si por azar se os acercase un individuo de curiosa traza y habla extranjera, dejaos convencer. Si os cita, asegurad que acudiréis a la cita por la noche me diréis dónde fuisteis citados.

Pero por la noche, los aparentes descontentos lo estuvieron de veras, porqués, pese a sus manifestaciones subversivas, nadie se les acercó a proponerlos entablar al servicio del poderoso y misterioso dueño del castillo de las Nubes.

El Pirata Negro dictó nuevas instrucciones y hacia las diez, acompañado de Rodrigo y de Torcaz, dirigióse hacia el lugar conocido por el Páramo del Búho.

Era un bosque de vegetación copiosa y al llegar a cierta encrucijada, tuvieron que echar pie a tierra.

—Queda a la guarda de los caballos, Torcaz—indicó el Pirata Negro, que, acompañado ahora solamente por Rodrigo Arucas, continuó andando a pie.

Iban avanzando dificultosamente, teniendo muchas veces que abrirse paso con la espada para cortar las lianas y plantas trepadoras que, en tupida maraña, formaban densas cortinas.

De vez en cuando oíase un silbido modulado melifluamente y por entre las enramadas brillaban puntos luminosos y parpadeantes.

—Búhos—dijo innecesariamente Rodrigo Arucas—. Pero difícil se hace, señor, ver claro por ese laberinto.

—Me complacen los mudos, “Malasuerte”. Recuérdalo. Tú eres un buen corneta, y limítate a echar viento cuando yo te lo ordene.

Siguieron avanzando y de pronto, de detrás de un tronco salió una masa obscura. Los ojos habituados ya a la obscuridad divisaban los contornos.

El que acababa de aparecer era un individuo alto, corpulento, de extraña vestimenta. No calzaba botas, sino que rodeaba sus piernas

y pies con pieles aseguradas por correas.

Llevaba muchos pantalones azules abombados bajo la rodilla, y una media levita de piel. Cubría su cabeza con un gorro redondo también de piel.

Un cercano relincho demostró que su caballo estaba amarrado por los alrededores.

—Buenas noches a los caminantes —saludó el desconocido con voz gutural. Su acento era netamente extranjero.

—Buenas nos sean a los que buena voluntad tenemos—replicó el Pirata Negro.

—¿Acaso extraviasteis el camino?

—No tal. Lo que ocurre es que venimos a una cita que dieron a tres compañeros nuestros, que no pueden acudir a ella. Eran amigos nuestros y nos dijeron haber recibido buen dinero para mejorar de situación.

—¿Por qué no vienen esos compañeros vuestros? ¿Sois de la Legión del Mar?

—Yo soy Carlos Lezama, capitán pirata indultado y éste es Rodrigo Arucas, apodado “Malasuerte”, que era mi corneta. Ambos caímos presos y nos iban a conducir al patíbulo cuando un loco francés, llamado Ferblanc y conde por añadidura, nos prometió indulto si consentíamos enrolarnos en la Legión del Mar. Pero mucha gente somos éste, otro que aguarda con los caballos y yo, para servir por poco sueldo y luchar contra nuestros propios compañeros, los piratas del Caribe.

El ruso al servicio de Stenka Volodin, contrajo las cejas.

—¿Por qué no han venido los tres compañeros vuestros?—repitió.

—Los han ahorcado.

—¿Eh?

—Fueron cogidos cuando intentaba escapar. Dijeron que iban a enrolarse con antiguos amigos suyos de la isla Tortuga. Pero a nosotros nos habían antes enseñado el dinero que alguien les dio, y nos habían dicho que nos juntáramos a ellos. En horca no quisimos juntarnos, pero a enrolarnos bajo las órdenes de pirata generoso y de categoría nos avenirnos. Tu acento y parla no son de estas tierras, forastero.

—Yo soy el hombre que pagó a vuestros compañeros.

—Entonces, tú tienes la palabra. Nosotros hemos logrado escapar. Hartos estamos de trabajar por míseras migajas, y por encima de todo está nuestra repugnancia a tener que luchar con malas artes contra amigos nuestros, que amigos lo son cuantos desafían la ley que los españoles quieren imponer.

—Pero ¿no sois españoles?

—Por eso mismo. Tenemos espíritu de contradicción, si es que sabes lo que esto significa.

—Hablas tú siempre, y tu compañero nada dice.

—Es mi cornetín, y me acata como superior, al igual como el otro que con los tres mejores caballos que hemos logrado coger, aguarda en donde a silla puede irse.

—Esperad aquí.

E hizo el ruso inicio de partir.

—¿Dónde vas?

—Quiero saber en las cantinas, si verdad es que ahorcaron a tres, y oíros tres se escaparon.

—Bien haces. Pero aquí no te esperaremos si miles lio vemos material sonante. Dinero, ¿entiendes?

—Lo tendréis y en abundancia, cuando sepa si es verdad lo que explicas. Toma o deja, dice mi jefe.

—También digo yo eso. Toma o deje. Dame dinero como muestra de que eres el ruso de marras, o nos largamos. No nos interesa estar por aquí, demasiado cerca de los que si nos echarán el guante, nos harían seguir la misma suerte que a los otros.

—¡Slavko!—gritó el ruso.



Iban avanzando dificultosamente...

Como si surgiera de la tierra, apareció otro individuo. Entre ambos se entabló una larga conversación en su idioma. Parecían discutir, y por fin, el recién llegado tomó la palabra en español.

El otro le había hablado con manifiesto respeto.

—Yo soy Slavko, uno de los cinco dedos de la fuerte mano del señor del Castillo de las Nubes. Este hombre— y señaló al que hasta entonces había, hablado—me dice que venía huyendo y deseáis entrar al servicio de mi señor.

—Mucha charla estando muy cerca del campamento. Tengo prisa por seguir camino. Toma o deja. Nos enroláis o nos vamos. Dinero, ¿entiende? Queremos ver lo que hay de verdad en eso de poderoso y generoso.

—Este hombre irá a cerciorarse da si es verdad lo que tú has

dicho. Después os daré dinero y vendréis conmigo. ¿Tú eres un gran jefe pirata español?

—Todo el Caribe me conoce, y conozco todo el Caribe como los más recónditos rincones de mi bolsillo. Me llamo Carlos Lezama, y grandes empresas acometí hasta que un maldito delator me hizo caer preso en Riohacha,

—Este hombre volverá pronto. Entre tanto, podéis perder media hora.

Se percibía por la entonación y las palabras, que Slavko era de superior cerebro al otro, que a una señal suya partió, desapareciendo entre la espesura.

Rodrigo Arucas se aprestó a que luchar cuando al regreso del que iba a informarse, el llamado Slavko se enterase de que el presunto huido, que tan imprudentemente había dado su nombre, era nada menos que el propio conde Ferblanc.

Slavko sin murmurar una sola pa labra, volvió a marcharse.

El Pirata Negro arrolló su capa y se tendió en el suelo.

—Haz lo mismo, corneta. A ras de suelo, no nos oirán. Posiblemente este Slavko está con otros.

—¿Lanzo bengala azul, señor, en señal de peligro?

—¿Dónde está el peligro?

—Cuando regrese el otro oso, señor, habrá zafarrancho.

—Al contrario. Confirmará lo que yo he dicho. Tres fueron ahorcados porque iban a huir al Caribe, y otros tres han huido, entre ellos el pirata Lezama, hombre peligroso, y muy listo. Eso dirán por doquier pregunte el enviado. Ahora, tienes mi permiso para cerrar la boca, y simular dormitar. Los que nos ven comprenderán que tú duermes tranquilo, porque sabes que yo soy tu jefe. Ya sería hora que te dieras cuenta que siempre procuro saber lo que me hago.

—Sí, señor. Siempre a tus órdenes, señor. Es que temía que te arriesgases...

—Duerme, calla, medita, y no te preocupes por mí.

Pasaron minutos, que al irse acumulando, se le antojaron a Rodrigo Arucas siglos inextinguibles.

Por fin oyó al otro lado del seto tupido, voces que entablaban conversación en idioma ininteligible.

Reapareció al calvo de unos instantes Slavko, reconocible por su

larga túnica roja, en cuyo cinto se cruzaban un sable, dos pistolas y. una corva daga.

Le venía siguiendo el que había partido en busca de informes.

La peculiar rareza del carácter ruso se puso de manifiesto, al aplicar Slavko sus dos manos en los hombros de Carlos Lezama y besarle en ambas mejillas.

—Hermanos—dijo con amistosa entonación.

—Si tú así me honras—replicó el Pirata Negro—, hermanos somos.

—Cierto era lo que afirmabas. Debes ser importante pirata, porque todos andan desvelados en tu busca,

—Razón de más para que nos demos el bote, hermano. Creo que si te pillaran conmigo, me harías compañía en el baile patibulario y nuestra hermandad poco duraría.

—Yo puedo llevarte al lugar donde mi señor espera. Mucho camino hay y tiempo tendremos de conocernos. Manda a tu corneta, para que avise al otro que con sus caballos vaya al sitio en que Ivanko les llevará. Ivanko es el nombre del que hizo pacto con los tres que ahorcaron y que aquí se quedará para procurar enrolar a los otros.

—¿Oíste, “Malasuerte”?.. Vete con nuestro hermano Ivanko.

Cuando Lezama quedóse a solas con Slavko, éste señaló hacia sus espaldas.

—Por ahí tomaremos un sendero que nos reunirá con los otros dos. Yo mismo te acompaño porque eres jefe pirata español, y mi señor se congratulará de tenerte a su servicio,

—Hablas un español muy decente, Slavko

—Un marino nos dio clases, y yo soy cosaco de raza alta,

—¿Qué es cosaco de raza alta?— preguntó Lezama andando junto al esbelto y joven cosaco

—Tenía ganado propio, casa y mujeres en la estepa de Georgia. Pero el afán de lucha me hizo acogerme al amparo de la protección y suerte de mi señor,

Por donde andaban la tierra era arcillosa y declinaba en pendiente hacia espacios más clareados,

—Tú señor será hombre de raza alta, también.

—Es grande, bueno, fuerte y generoso.

—Me place. Y ¿cómo, si es inteligente, te eligió a ti por

lugarteniente? Eres joven. Pese a la negrura, distingo tu rostro. Es imberbe y tu voz oh delicada.

Una risa armoniosa brotó de la garganta de Slavko.

—Tengo veinticuatro años, y entré a los dieciocho al servicio de mi señor, allá en el Báltico.

—Me gustó tu expresión de los cinco dedos. Cinco lugartenientes. Nunca conocí a rusos yo que con muchos pueblos he tratado.

—Nosotros somos raza extraña a todos, hermano. Te llamo hermano, porque si bien nuestras razas nunca podrán parecerse, somos gente de aventura.

—Buena tierra; elegisteis, porque aquí os sobrarán las emociones. Desengáñeme si voy equivocado, pero dicen que vosotros sois gente, rara, de habla curiosa, porque vuestro cerebro es complicado.

—Mezcla de Oriente y Occidente, hermano. Pero yo soy poco complicado. Lo verás. En cambio... Bien, éste es el sitio donde aguardaremos a tus hombres que guiadas por Ivanko vendrán con los caballos, y el mío. ¿Es "mustang" el tuyo?

—No, es mezclado. Es puro español, raza andaluza. Blanco, brioso.

—Caracolea, es alegre, pero cuando se pone serio hay que ser muy buen jinete para dominarlo. Decías antes que tú no eres complicado, y, en cambio... ¿Quiénes son los complicados?

—Mi señor y su hermosísima hija, Lubianka, la perla circasiana. Nunca viste tú a una mujer, hermano Lezama, porque nunca viste a Lubianka. Es un amanecer cristalino, es una noche tenebrosa, es un rayo de plata, es un charco de veneno.

—¡Tate!... ¿En qué quedamos?

—Es bella, pero nunca quiso a nadie. Todos por ella cometeríamos los peores actos. Todos por ella seríamos capaces de geniales empresas. Todos por ella sufrimos.

—Hora será, pues, de que empiece a hacerme a la idea de que voy a sufrir. Ahí vienen Ivanko y mis dos cofrades.

Llevando los caballos por las riendas, Torcaz, Arucas y el ruso, entraron en la grieta que en barrancada flanqueaba por un punto el paraje boscoso del Páramo del Búho.

Ivanko adelantóse y tendió las riendas de un caballo negro de

larga crin y pequeña alzada que no llevaba silla. Su lomo aparecía desnudo.

Sólo tenía en el cuello un arnés con un gran pomo en forma de cruz, a la cual se asió Slavko. Pero no montó.

—Yo os conduciré. Podéis ensillar, hermanos—dijo Slavko.

Ya a horcajadas, Lezama contempló la extraña manera que tenía el cosaco de “raza alta” de tomar el galope.

Pegó una palmada en el anca del pequeño caballo, y éste pareció estar poseído de una fiebre demoníaca, partiendo al galope como una flecha.

Abundio Torcaz gruñó una advertencia, convencido de que el brusco salto del caballo había sorprendido al que a pie se agarraba a la cruz. Pero Slavko, que semejaba ser arrastrado por el caballo, lanzó un grito, y, volteando en el aire, acompañó por unos instantes al caballo en su repicar en el suelo.

Las botas brillantes del cosaco cesaron de refulgir cuando con diestra maniobra quedó sentado a lomo desnudo, y, levantando una mano que proyectó hacia delante, siguió azuzando a galope raudo su montara.

El esbelto y casi afeminado muchacho habíase convertido en un ser distinto. Un hombre medio salvaje, para quien azuzar a su caballo era va un preludio de lucha, que encendía su sangre.

Fue una galopada casi de bestial e innecesaria brutalidad. Amanecía cuando Slavko, que iba en cabeza, alzó los dos brazos, y, a la vez que detenía en seco a su caballo, se echó hacia atrás para quedar en pie en el suelo.

—Buenos caballos son estos españoles —dijo, brillantes los ojos de animación.

Hasta entonces habían galopado en silencio, sin intercambiar la menor palabra. La dirección seguida había sido meridional, en las primeras dos horas, pero luego, siempre remontando por la playa, comprendió Lezama que Slavko penetraba en Panamá.

La peculiar floresta panameña bordeaba el litoral, y. cuando se detuvo el grupo do los cuatro jinetes, halláronse en una brecha de acantilados de piedra recubierta de musgo verde.

Acababan de dejar atrás un poblado de pescadores, y Slavko siguió sin hacer comentarios, mientras, atando su caballo, sentábase en el suelo, cruzando las piernas.

Carlos Lezama colocóse frente a él, y, alejados dos pasos, quedaron Torcaz y Arucas, compartiendo el contenido de una cantimplora y el alimento que, previsor, llevaba el cincuentón.

—Si va para largo el camino, quizá sería conveniente acercarnos donde nos dieran algo con que llenar el vientre—expuso el Pirata Negro.

—La sobriedad es lema de la gente de mar y de montaña—sonrió Slavko.

—A la fuerza ahorcan, pero en naufragio o ventisca, si bien está el ayunar, lo considero innecesario pudiendo alcanzar algo sabroso. Conozco estos parajes. Más al Sur y entrando, hay poblado en que no llamaremos la atención.

—Vamos al Norte.

—No quiero parecerte exigente, pero recuerda que después de esta galopada, tanto ellos—y señaló los caballos—como nosotros precisamos comer y beber.

—Hierba tienen ellos y allá hay manantial para nosotros.

—No crecen por aquí manantiales qué lleven carne.

—Al mediodía llegaremos a la altura de Loma Gris. Hay mesón.

—Aguardaré hasta entonces. No sabía que fuerais tan sobrios los de tu tierra.

Rió Slavko.

—Mortificarse hace luego más sabroso el empacharse. Podemos dormir dos horas, para dar tiempo a los caballos a reponerse.

—Si hemos de galopar a este tren, no creo que los jamelgos aguanten más allá de dos días.

—Cinco días dura el viaje. Pero ya ahora que sé que son buenos tus caballos, administraré mejor sus energías y durarán. Quiero mucho a los caballos.

Y, sin añadir más descruzó Slavko las piernas, desciñóse el cinto y arrolló su levita hasta convertirla en almohada. Pero sus dos manos reposaron encima de sus armas.

Carlos Lezama durmió, plenamente convencido que alguno de los dos que le acompañaban, o quizá los dos, permanecerían despiertos.

A las dos horas, como si un reloj que no existía le avisara con sus campanadas, Slavko levantóse, revistiendo su levita roja y ajustándose el cinto, fue a desatar su caballo,

—En marcha—dijo, secamente.

—También el horizonte se ha nublado—comentó Lezama, señalando el cielo, donde varios nubarrones se perseguían.

Slavko sonrió, como excusándose.

—Los cambios de tiempo de estas latitudes me afectan. No hagas caso, hermano Lezama.

Pegó la palmada en el anca, y volvió a montar a su estilo, y hasta el mediodía, a un galope alternado con trote y paso de reposo, coronaron los cuatro jinetes una loma pelada.

No había vegetación, como si un incendio hubiera destruido hasta las mismas raíces. Hacía ya más de una hora que llovía copiosamente, y cuando entraron en la mísera choza edificada con leños y barro en la cumbre, no extrañó el espectáculo de una hoguera ardiendo en campana de chimenea pastoril.

Una mujer desdentada, vieja y andrajosa, se acercó renqueando.

—Hay pienso en el establo. Aquí sólo tengo cecina, frutas y vino.

—Buen pienso, si es abundante—replicó Lezama. que. conocedor de los usos de la tierra, colocó en la diestra tendida de la vieja dos monedas de plata—. Yo invito, hermano Slavko. Perdóname si el mesón no es de los más apropiados para un cosaco de raza alta.

Al quinto día de viaje, Lezama había logrado calificar el carácter de Slavko. Era sinuoso, escurridizo y sinceramente ingenuo pero adivinábase que algo le atormentaba.

Y fue él mismo quien, cuando el terreno hacía ya tiempo se había convertido en barrizales, donde asomaba a veces el hocico un cocodrilo, al que ahuyentaban los cascos de los caballos pasando entonces al galope, aclaró el motivo tic su aparente zozobra.

—Poco falta para llegar, hermano Lezama—dijo, colocando su caballo altura del montado por el Tirata Negro—. Y considéralo como quieras, pero a otro no le diría lo que voy a confesarte. Vete.

—¿Por qué?

—Si sigues conmigo, entrarás en el Castillo de las Nubes.

—A esto he venido.,

—No saldrás de él.

—¿Por qué?

—Quizá mi señor adivine en ti un carácter fuerte, difícil de dominar, ya que eres el jefe pirata español. Y mi señor acepta dedos, pero no brazos. ¿Puedes comprenderme?

—Lo intento. Pero si crees que a tu señor le pareceré de excesiva personalidad, ¿por qué me previenes?

—Atribúyelo a presentimiento, pero juzgo que tú me hubieras gustado por jefe. Por eso no quiero verte morir, Siendo yo tu guía.

—Lo tendré en cuenta, amigo Slavko, pero soy testarudo. Cuando me obstino en algo, sigo mi camino.

—Hay lo peor.

—No creo que pueda haber nada peor que tu anuncio de que el castillo donde me llevas es el dé irás y no volverás.

—Está ella. Lubianka la mujer que no puede olvidarse. Fatalmente te enamorarás de ella, y para ti se acabarán los dulces momentos, suponiendo que mi señor te dejara ser uno de sus dedos.

—No creo en fatalidades. Pero, en fin, me gusta correr riesgos. ¿No ves que hay hebras blancas en mi cabello? Me las dieron no sólo los años vividos muy intensamente, sino el mucho amar. Y cansado estoy ya para que mi corazón palpite dolorosamente.

—Nosotros no comprendemos esta actitud de tomarse a la ligera la fatalidad del Destino. Y es destino de todo hombre que vea a Lubianka enamorarse de ella.

—Gracias por tu aviso, Slavko... Siempre supe orientarme... y empiezo a dudar de mis dotes. Dices que estamos llegando, y no veo más que peligrosos pantanos, abundancia de reptiles y flores que marean.

—Aquellas nubes—dijo Slavko, aleando la cabeza.

Parecía como si unas nubes cercenaran un monte de riscos inaccesibles.

—¿Tenemos alas?

—Tus ojos y los de tus dos acompañantes tendrán que aceptar ser cubiertos con trapos—y detuvo Slavko su caballo.

—Atiende, amigo Slavko. Me dieron idos ojos para procurar tenerlos siempre abiertos. Comprende que un hombre ciego puede ser juguete de un niño y tú eres hombre nervioso y bien armado.

—Desconfianza legítima. Eres pirata y en nadie confías. Confía en mí, ya que persistes en ser tan insensato que, pese a mis advertencias, quieres entrar en el castillo.

—Si confiara en alguien, dejaría de ser quien soy. Y, no obstante, no he hecho un viaje tan largo para volver grupas. Me llamaste hermano. Dame trato de tal: consiento en tener mis ojos

cegados, si tú ciegas una de tus manos.

—No te comprendo, hermano Lezama.

—Dame tu mano menos útil. Yo la cogeré, y no la soltaré hasta que quites la venda de mis ojos. Yo te advierto con la misma lealtad que al parecer has empleado conmigo. Si me dieras puñalada o pistoletazo, tengo la seguridad de que serías mi compañero en el último viaje.

—¿Por qué había de malherirte o tan siquiera llegarte a causar daño? Sin embargo, casi sería una prueba de amistad el matarte, porque te ahorraría muchas penalidades: pero acato tu destino. De mí ningún daño te vendrá si ningún daño me quieres. Consiento en darte mi diestra. Que tus hombres aten las riendas de sus caballos y del tuyo en fila. Con esta cuerda yo los conduciré con la mano que libre me queda. Y tú mismo, que hablaste de las hebras que platean tus sienes, verás que en mi palma no hay maldad. Lo adivinarás. Yo he sido juguete del Destino.

—Extraño modo de hablarle a un pirata.

Sonrió tristemente Slavko, mientras sacaba del faldón de su levita unos trapos negros, que fue torciendo..

—Conduje a otros al castillo. A ninguno le di la mano.

Hizo una pausa y volvió la cabeza para mirar con desdén a los otros dos españoles.

—Vosotros, atad las riendas de los tres caballos a esta cuerda que coloco en mi arzón. Desmontad y os vendaré cuando hayáis cumplido.

—Haced…—dijo el Pirata Negro—. Hago mías las palabras de nuestro hermano Slavko.

Quedaron los dos hombres en pie y tupidamente cubiertos los ojos por las torcidas que Slavko les colocó.

—No os las quitéis—dijo el ruso—. Os mataré si lo intentáis. Cogeos a la cuerda.

Y, empujándolos, les aplicó las manos alrededor de la larga cuerda que unía a los cuatro caballos.

—Y ahora, hermano Lezama, toma mi mano. Puedo vendarte con la izquierda, si a, tanto llega tu desconfianza.

—Puedes vendarme con las dos manos. Después, cumple, que yo cumpliré, al igual que mis dos amigos.

Cuando la mitad de su rostro quedó entenebrecida por el trapo

negro, Carlos Lezama sintió en su diestra el contacto de otra mano que en ella se deslizaba.

—Mientras vosotros dos no os separéis de la cuerda, nada os ocurrirá. No os alarméis si oís otros pasos que los nuestros más adelante. Son gente del castillo.

Más que nunca los sentidos del Pirata Negro estaban alerta. Primero ascendieron una abrupta pendiente, pero de pronto fueron andando por terreno liso.

Iba el Pirata Negro contando los pasos y tratando de olfatear algún aroma peculiar de hierba o flor.

De vez en cuando oía un extraño chisporroteo y susurros. Resonaban los pasos de Torcaz, que, quizá por exceso de peso, aplomaba más los pies calzados con recias botas de suela herrada.

Cuando calculaba el Pirata Negro que habían andado cosa de cuatro leguas, oyó la vos de Slavko.

—Tú mismo puedes quitarte la venda, amigo Lezama. Has llegado al lugar donde tu destino se cumplirá.

Seguían las dos manos juntas, y estaban sudorosas, por el continuo contacto.

Quitóse Lezama la venda, y entonces separó su mano de la del ruso. Parpadeó unos instantes para acostumbrarse a la luz de las velas perfumadas que iluminaban la habitación.

Los caballos no estaban, y Torcaz y Arucas, tras él, continuaban vendados. Quitóles la venda el Pirata Negro, y después volvió a mirar la cuadrada habitación de muros lisos, donde sólo había un ventanal, pero abierto en el techo y a una altura de tres metros.

Había en un rincón pieles de oso, y una mesa larga con un banco, ambos muebles empotrados en el suelo, prolongando la misma piedra azulada que construía el material de mesa y banco.

—Luz, lecho y acomodo. Aquí aguardarás la visita de mi señor o el ser llevado a su presencia.

—Gracias por tu buena guía, amigo Slavko.

—Deberías maldecirme por haberte conducido hasta aquí, hermano Lezama. Adiós.

Y bruscamente dio el ruso media vuelta, dando dos palmadas fuertes. La única puerta pequeña, cuyo umbral había rozado los codos y la cabeza del Pirata Negro, abrióse, y Slavko salió.

—Hemos llegado. Instalaos, hermanos—dijo Lezama, sentándose

en el banco—. Aguardar es cosa de paciencia y sabiduría: imitadme.

Capítulo III

Ciénagas

Stenka Volodin acariciaba cariñosamente la cuadrada testa de su dogo favorito, cuando un tártaro viejo, cuya lengua había sido cortada por deseo del propio Stenka, apareció en el umbral del salón que constituía el lugar preferido del dueño del Castillo de las Nubes.

No era una puerta, sino una verja de arabescos dorados: tras ellos, el tártaro abrió la mano, señalándose uno de los dedos, el meñique.

—Que pase Slavko, mi querido Terjov.

El tártaro desapareció, para preceder poco después al joven cosaco, que en la verja se detuvo, llevándose la mano al corazón y después al borde de su gorro de piel.

—Bienvenido. Slavko—saludó Stenka, aproximándose a la verja, y siguiendo acariciando al dogo, que andaba junto a él—. ¿Cuántos?

—Ivanko consiguió enrolar a tres que fueron ahorcados porque los sorprendieron al huir. No dijeron que era Ivanko quien les había pagado, sino que pretextaron que iban a reunirse con otros piratas del Caribe. Vinieron, en cambio, otros tres, amigos de los ahorcados, a quienes ellos habían explicado lo que Ivanko les dijo. Allí ha quedado Ivanko para continuar en su tarea.

—¿Por qué has venido tú mismo? Grata me es tu presencia, pero no fue ésta mi orden, amado Slavko.

—Uno de los tres que vienen es un gran jefe pirata español. Se llama Carlos Lezama. Estaba en el penal de Riohacha, y fie uno de los que eligieron para la Legión del Mar.

—No consigo comprender por qué me deparaste el placer prohibido de volverte a. ver, amado Slavko.

—Este hombre nos podría ayudar mejor que cuanto haga Ivanko porque dice conoce cuanto sucede allá en la ciudad de Puerto Colombia.

Stenka Volodin ladeó la, cabeza y dejó de acariciar al dogo.

—Mientes, jovenzuelo… ¿Pretendes engañar a tu amo?

—También vine porque creo que yo, acompañando al jefe pirata español, podemos lograr tu propósito de reclutar muchos de la fuerza nueva que se adiestra en Puerto Colombia.

—Digo que mientes. Y no te lo repetiré por vez tercera, bastardo.

Palideció Slavko, que hizo un gesto infantil. Llevóse la mano a la boca y mordió hasta que la sangre coloreó sus lívidos labios.

Stenka aplicó el rostro contra la verja, y sus ojos perdieron dureza. Emitió una honda carcajada.

—Eres sensible, Slavko, demasiado sensible. Conocí a tus padres. Eran honestos terratenientes. ¿Por qué me estás mintiendo?

—No miento, Stenka. Cuando tú hables con el pirata español, tratarás de olvidar que me llamaste bastardo. Yo no podré olvidarlo, por más años que viva.

—Entra, amado Slavko. Tú mismo eres el más indicado para ser testigo de la presentación del hombre que has juzgado digno de ser acompañado por quien debía estar sirviéndome allá ch Puerto Colombia.

Abrió Stenka la verja, y Slavko avanzó hacia la gran mesa.

—Siéntate. Estarás fatigado del viaje. Bebe mi vino. Ponte cómodo.

Dio Stenka dos palmadas, y reapareció el tártaro que en el fondo del pasillo que conducía a la verja sentábase en un escabel.

—Que los custodios acompañen hasta aquí al pirata español llamado Carlos Lezama. Que vengan Fedor y Vladimir con las púas.

El tártaro partió. En su sillón, Slavko volvió a palidecer al oír mencionar el nombre de los dos verdugos y el instrumento de tortura.

Stenka chasqueó los dedos señalando a su dogo uno de los rincones de la suntuosa sala.

El animal fue a reunirse con los otros tres dogos. Aproximóse el barbudo cosaco a la mesa.

—Somos hermanos de raza, Slavko, aunque mi casta fuera

inferior a la tuya. Tenemos que estar siempre unidos contra los otros. ¿Digo necedades?

—De casta inferior eres por nacimiento, Stenka, pero muy superior a mí eres en edad, experiencia y percepción.

—Fedor y Vladimir saben que les odias.

—Desprecio a los verdugos, Stenka.

—A muchos seres inocentes has dado tú muerte.

—Rápida y merecida, porque era mi obligación, ya que órdenes de combate cumplía. Si quieres preguntarme alero, Stenka, no emplees conmigo a Fedor y a Vladimir. Pregunta.

—Ya lo hice. Terminé contigo, Slavko. Estoy esperando al pirata español. ¿Por qué creíste que llamé a los verdugos para emplearlos en arrancar de tus labios palabras que no has pronunciado voluntariamente? ¡No!… ¡Nadie te ha llamado! ¡Terjov!

Las tres últimas exclamaciones iban dirigidas a Lubianka, que se acercaba a la entreabierta verja por la cual entró.

—Supe que Slavko había venido, padre mío. Slavko es el único de todos tus hombres que puede hablar conmigo de igual a igual.

Stenka avanzó, congestionado, y alzó el brazo, en cuya mano sostenía una fusta de nervio de buey cuyos nudos herían cruelmente.

—¡Te dije ya que no quiero que atormentes a Slavko! ¡Vete o…!

—Por vez primera alzaste la mano contra mí, padre mío. ¿No recuerdas ya la promesa que hiciste en el lecho de muerte de mi madre?

Lubianka Volodin miraba fijamente a su padre, el cual murmuró:

—Vete. Tengo que recibir la visita de un español.

—Quiero hablar con este español. Lo vi llegar cegado. Es hombre de arrogante presencia, padre mío.

Mientras hablaba, dirigióse Lubianka a la mesa y sentóse en el sillón junto al ocupado por Slavko.

—Bienvenido, Igor.



Alzó el brazo...

Slavko conservaba la vista, baja, como si contemplara las anchas losas de mármol del suelo.

—Te complaces en atormentarme, Lubianka—dijo roncamente —. Tu padre es más benévolo. Ha llamado a sus verdugos, que sólo saben mortificar la carne, sin arañar el alma.

—Bebe vino, amado Slavko—invitó Stenka—. No hables con ella. Déjala que susurre maldades, y óyela como oyes el rumor de la brisa cuando agita los almendros.

—El aliento de tu hija es suave, pero el veneno de su corazón la hace impura.

La fusta que seguía manteniendo Stenka describió un corto arco, y chocó contra la mejilla de Slavko cuya cabeza a efectos del golpe, chocó contra el respaldo del sillón.

El surco sangriento coloreó su rostro.

—Menos me dude tu golpe, que la burla que de mí hace Lubianka. Pero no será golpeándome que alterarás la verdad, Stenka. Yo sé que piensas torturarme, No me rebelo. ¿De qué me serviría? Puedo matarte, pero no lo quiero. Tienes va bastante castigo con haber dado existencia a la que será tu fatal destino...

Morirás atormentado, no a manos de hombres, sino por mandato de tu hija...

—Estás loco. Igor—intervino dulcemente Lubianka con entonación que semejaba un tierno reproche—. Nunca hubo hija que a su padre diera muerte.

Stenka fue a sentarse en la cabecera de la larga mesa, y en la llama de una de las velas encendió el penacho de hojas pardas que llenaba una cazoleta de pipa.

Exhaló con agrado una larga bocanada mientras en la feria se inmovilizaban dos individuos de cuyos hombros pendían unos extraños cintos y que en la mano llevaban unas horquillas rematadas en púas de distintos tamaños.

—Entrad, y colocaos junto al sillín de Igor Slavko—ordenó Stenka—. ¿Te colocan el cinto, amado Slavko? Eres de cesta superior. Aun tardará en llegar el español. Tu lengua está suelta y nadie la fuerza a hablar. No debes pretender engañarme a mí, porque es como si la paloma intentara graznar como el gavilán frente al cuervo.

Igor Slavko, con mano que no temblaba, cogió un frasco de cristal tallado donde el vino refulgía como un granate límpido.

Sonrió mientras se servía en la copa que ante sí tema. A cada lado suyo, impasibles, Fedor y Vladimir parecían estatuas.

Lubianka avanzó la mano, apoyándola sobre la de Igor Slavko. Éste retrocedió el brazo, como si acabara de recibir una quemadura en el dorso de su mano.

—Si algo ocultas a mi padre, habla, Igor. Te lo suplico. No quiero verte torturado.

—Vivo en continua tortura desde que tus ojos hirieron los míos. Lubianka. Por eso dije que si tu padre quiere darme tortura, creyendo que algo le oculto, seré benévolo. No podré revelar nada que no haya dicho ya y moriré, quedando libre de tu obsesión.

—Igor no miente, padre mío. Yo quizá le conozco mejor que tú. Igor no miente.

—¿Sabes, acaso, por qué ha regresado? Mi orden era que regresase tan sólo cuando Ivanko hubiera logrado reclutar a un centenar de españoles.

Y vuelve acompañando a tres.

—Quizá, padre mío, el buen juicio de Igor cree que esos tres

valen por cincuenta.

—¿El buen juicio de Igor? Tú misma llamaste loco antes.

—Es insensato cuando me habla de sus amores, o cuando siente amistad por alguien. Para lo demás, te venera como a su único jefe. No tortures a Igor, padre mío, porque si Igor ha de morir, yo abandonaré tu castillo. Igor es mi único amigo.

—Igor te odia y te detesta.

—Porque me ama y yo sólo puedo brindarle amistad.

Iba Stenka a hablar, pero enmudeció mirando hacia el pasillo, por el cual, precediendo a dos hercúleos individuos, venía Carlos Lezama, siguiendo al viejo tártaro.

El Pirata Negro, pese a haber tomado toda clase de precauciones antes de salir al encuentro de Ivanko, tenía a instantes la impresión de que había caído en una trampa, de la cual difícil le iba a ser escapar.

Le producía aquella sensación rara vez sentida, el presentimiento de que todos los rostros de los habitantes del Castillo de las Nubes tenían una anormalidad indefinible.

No obstante, confiando en su buena estrella, y pensando que sus instrucciones, antes de, abandonar el campamento, aseguraban un ataque por sorpresa al Castillo de las Nubes, tenía también el presentimiento de que si la lucha iba a ser dura para el que se hallara entre los muros del misterioso reducto del desconocido propietario, contaba con ayuda exterior.

Pero las mongólicas faces de los dos que le custodiaban, el anclar del viejo tártaro, la extraña personalidad de Slavko, eran elementos pertenecientes a seres distintos a los que hasta entonces había tratado.

Muchos habían sido los excéntricos aventureros que en su dilatada vida habían desfilado como enemigos, pero ninguno de ellos poseía unas características raciales que hicieran imprevisibles sus reacciones.

Se detuvo ante la verja, obstruida por la ancha espalda del tártaro, que, a un ademán de Stenka, apartóse.

Entró Lezama, que vino a destocarse al llegar ante la mesa y observar que los grises ojos de Lubianka le examinaban.

Volvióse a cubrir tras una pausa de espera en que el silencio no fue interrumpido por ninguno de los presentes. Sólo se oía en un

rincón de la sala el sordo gruñir de los dogos, que, aquietándose poco a poco, abandonaron su postura semierguida para de nuevo agachar las orejas y tender las cabezas sobre sus patas delanteras, al oír la poderosa voz de Stenka hablar amablemente:

—Puedes sentarte, extranjero. Tienes mi autorización.

El Pirata Negro ocupó el sillón que señalaba Stenka frente a él, y al sentarse depositó el chambergo encima la mesa.

Igor Slavko parecía estar muy lejos de allí, entornados los párpados en ignotos pensamientos. Estaba reviviendo su infancia, en medio de la riente vegetación de la gran propiedad paterna.

Stenka Volodin agitó una de sus manazas velludas en gesto invitador.

—Puedes servirte vino. Es español. El frasco verde contiene aguardiente de hierbas. El jarro blanco conserva bajo su cubierta cerrada el licor que los ingleses prefieren, y que, según me dijo un marino español, lo obtienen de cepas de tu tierra. Ponte cómodo, extranjero. Tenemos que hablar mucho, y tú sabrás excusar las faltas que en mi manera de decir tu idioma estropean el sentido de lo que quiero expresar.

—Te expresas amable y claramente, extranjero—replicó Lezama.

—Pareces inquieto—comentó Stenka. —No bebes.

—Desde muy joven me aconsejaron que no se estaba cómodo cuando se sentaba uno con gente a las espaldas.

Rió Stenka como si acabara de oír algo muy gracioso.

—La verja está lejos y por ella nadie entra sin yo ordenarlo. Pero comprendo tu inquietud. Has venido impulsado por un deseo que tú mismo conocerás. Puede ser el de servir a mi mandato, puede ser el de sentir nuevas emociones, puede ser el de espiar enviado por la Legión del Mar, puede ser sencillamente, algo que no puedo adivinar. Lo que sea, trataré de ponerlo en claro, pero me perdonarás si soy tardo. Mi raza es lenta, torpe y no posee la vivacidad de decisiones que os hace ser a vosotros una raza impulsiva. Además, yo soy un cosaco de casta inferior, y llevo en lo hondo de mi pecho un orgullo enorme. ¿Sabes por qué?

—Tu pecho es amplio, y lo que dentro haya tiene que ser acorde con tu tamaño, extranjero.

—Me llamas extranjero, no sé si porque deseas indicarme que ésta tierra ajena a mí.

Tú fuiste el primero en llamarme extranjero, y como no encuentro la palabra que pueda servirte a gusto, me acomodo a tus modales.

Soy Stenka—dijo el ruso, con empaque—. Stenka Volodin, y aquí todos me llaman “amo”.

—Podré llamarte así, si comprendo que puedes ser mi amo. Pero hasta hoy nunca tuve amo.

—Mientes.

—Es ésta una palabra dura, Stenka Volodin.

—Digo que mientes al decir que no tienes amo, porque, ¿quién es el conde Ferblanc? ¿No es el que manda en la Legión del Mar? ¿No mandaba, pues, en ti?

—Entre la horca y aceptar por unos días el mandato de alguien, elegí la menos irrevocable de las decisiones. Pero apenas hallé ocasión de cambiar de aires, ya ves lo que sucedió. He tenido el honor de conocerte, Stenka Volodin.

—Igor Slavko tiene a veces arrebatos de súbita amistad. Creo que está influenciado por ti. Te supone, no sólo por los informes que recogió, sino por propia creencia, un hombre de calidad.

—Tu español me deleita. Es puro y elogioso.

—Mientras mi velero se dirigía desde el Báltico a este mar, enrolé a un hombre que sabía ruso y dominaba el español. Fui conociendo vuestras particularidades a través de las narraciones populares que me contaba el que me enseñaba vuestra lengua. ¿Eres tú hombre digno de merecer el buen concepto que de ti tiene Igor Slavko?

—Yo tengo de mí un muy buen concepto.

—¿Cómo, pues, si pudiste huir, no fuiste a isla del Caribe, donde tu fama le pirata te proporcionaría hombres a quien mandar? ¿Por qué, en vez de ello, has venido al Castillo de las Nubes, donde todos acatan mi voluntad?

—Toda mi fama no me bastaría para conseguir fuerza de mercenarios. Tú puedes dame dinero cuando te haya servido varias veces.

—Si te diera participación en mis expediciones, sería cuando te hubiera conocido, y después de convencerme de que nunca habrías de intentar ser el hombre que podría decir a otros dónde está el Castillo de las Nubes.

—Entonces, pocos podrás enrolar, a menos de que les cortes la lengua y te cerciores de que no saben escribir.

—Demuéstrame que eres pirata de calidad. Imagina que has encontrado un refugio seguro donde nadie puede entrar, salvo ser conducido por uno de mis hombres. Imagina que te has propuesto formar una flota que domine el Caribe, y que necesitas emplear hombres de todas razas. ¿Qué harías para conservar tu refugio y, no obstante, mandar en la flota de hombres que surque el mar?

—No darles entrada aquí, y, si alguno entrara, volverlo a hacer salir ojos vendados y acamparlo en cualquier paraje lejos de aquí, pero a tu alcance.

Aprobó Stenka con la cabeza, a la vez qué escanciaba en su jarro el contenido de un frasco que a su lado tenía. Vertió en el jarro un chorro de vino y después añadió aguardiente.

Bebió, resoplando después con rostro satisfecho.

Lubianka avanzó el busto.

—Pido tu permiso para preguntar al español, padre mío.

—Hazlo, pero que tus frases tengan significado para lo que deseo. No perderé tiempo en vaguedades de mujer caprichosa.

—Dime, español, tú que oíste hablar a mi padre, el poderoso Stenka de las cualidades o defectos de tu raza: ¿puedes decirme si has oído narraciones de nuestra tierra o conoces nuestro modo de ser?

—Oí hablar de las estepas, pero de segundas oídas, nunca por quien allí viviera. Pero he estado cinco días con Igor Slavko, acabo de oír a tu padre el poderoso Stenka, veo a esos dos con trazas de verdugo, he visto beber a tu padre, y añadido todo esto a las narraciones que cuentan, podría, pecando de pedante e imprudente, definir tu raza. Pero eres mujer, y no quiero ofenderte.

—Interesante—comentó Stenka, sonriendo. Creo que Igor Slavko tenía razón. Eres hombre de calidad en tu tierra, porque te atreves a hablar como si todo te estuviera permitido.

—No es eso lo que me propongo. Hablaré tan sólo si me lo permites, o si en vuestras preguntas hay mandato.

—Pronto es para saber si puedo mandarte, pero deseo que contestes a mi hija. Signe hablando. Lubianka.

—Dijiste que no quieres ofenderme.

—Los niños, a medida que van abriendo los ojos del

entendimiento, preguntan continuamente el porqué de todo lo que ven u oyen. Los rusos hacéis igual, pero con una diferencia. Muchas de las cosas que pedís con el “¿por qué?”, las sabéis ya. Pero me considero por el instante un invitado, y no sé resistirme a peticiones de mujer. Dije que no quisiera ofenderte, porque en mi tierra tenemos la costumbre de no ofender a las que no desean ser ofendidas. ¿Es ese tu caso? ¿Tienes deseos de ser ofendida?

Stenka Volodin rió sonoramente.

—Penetras, español. Pero ten cuidado. Conviene que demuestres eres un hombre que mereció ser acompañado por el propio Igor Slavko, pero no debes olvidar que este castillo es un pedazo de estepa perdido entre las nieblas, que no tienen nacionalidad.

—Me invitaste a beber vino, y no acepté. Stenka, porque me daba cuenta que me embriagaría vuestra conversación. No estoy avezado a brumas y penumbras.

—Contéstame, español. ¿Por qué puede ofenderme tu concepto de nuestra raza?

—Tu padre, el poderoso Stenka, mezcló vino, brandy y aguardiente... Mezcla. Esta es vuestra raza. Hay en vuestras frases hondura de sensatez, y de pronto, por unas palabras de más o de menos, se pierde el hilo, y ya no sabe uno distinguir el vino, el brandy y el aguardiente.

—Esto no ofende...—dijo Lubianka, como decepcionada.

—¿Sabes lo que es una ciénaga, hija del poderoso Stenka?

—No. ¿Sabes lo que es una ciénaga, padre mío?

—No.

—Es dónde se mezclan distintas linfas. Barro, agua pura, agua salada y zumo de plantas.

—¿Cuál es nuestro barro?—preguntó Stelikfl.

—Complicar lo más sencillo. Dar rodeos. Desear ser como la raza blanca y no poderse quitar el lastre de los amarillos de las estepas poco conocidas de la tierra que Marco Polo visitó.

—Padre mío, deja que este hombre se quede aquí. Podemos aprender mucho porque su cerebro es fuerte, a pesar de que sus músculos lo sean también.

—Yo soy fuerte, Lubianka... —dijo Stenka bruscamente.

—Poro sólo un hombre he conocido que a la fuerza reuniera el cerebro, y ése eres tú, padre mío.

—¿Por qué ríes?—interrogó Stenka, mirando al Pirata Negro.

—Una conversación tal como vosotros la hacéis, sería peligrosa entre gente de mi raza.

—¿Por qué?

—Hay allí unos edificios con rejas donde encierran a hombres que no han matado ni han robado ni han quebrantado ley alguna. Los encierra porque hablan más o menos como vos otros, y les llaman “majaretas”.

—Dime lo que es un “majareta”.

—También les llaman orates, idos del seso, o locos de rematar. Pero es que en mi raza los hombres que tienen exceso de complicación, los suponen un peligro para el buen orden social. Tu castillo está en las nubes, poderoso Stenka, pero no quisiera yo embriagarme conversando y creerme que pronto me nacerán alas. Déjame a mí ahora el ser quien coloque un “por qué”. ¿Por qué no hablamos directamente de lo que a ti te interesa?

—¿Qué es lo que a mí me interesa?

—Saber si puedo servirte o no.

—No hay prisa. Sois apresurados los de tu casta. No hay mezcla en vosotros. O todo es barro, o todo es agua clara. Dijiste que te considerabas un invitado, y yo he tenido muchos invitados. Conversaban horas y horas, porque en la conversación reside uno de los atributos que nos diferencian de los animales.

—Muy charlatán soy, pero nunca creí que Ivanko buscara hombres para conversar en el Castillo de las Nubes.

—Sólo llamé a ti, y vinisteis tres. Los otros no merecieron la atención de Slavko. Tú eres hombre de calidad, no por la ropa que vistes, ni por tu apariencia de fuerza, sino porque sé quién eres, Carlos Lezama.

—¡Tate!... Tengo curiosidad por saber quién soy.

—¡Eres el Pirata Negro.

—Y en mi amplio pecho repica muy mudo el orgullo de serlo, poderoso Stenka, que también yo tengo orgullo.

—En el Caribe muchos cuentan hazañas del Pirata Negro, y no es pirata que se enrole al servicio de nadie.

—Me hundieron el velero. Me metieron en cárcel. Sólo podía salvarme aceptando ser uno más de la Legión I Mar. Contigo podría ser de nuevo el Pirata Negro, cosa que con los españoles nunca

hubiese logrado.

—Reconozco que no ocultaste tus mimbres a Slavko, y debías saber que tus nombres eran tan conocidos como tu título de Pirata Negro. Pero yo fui el lugarteniente de un poderoso pirata, y logré apoderarme de sus barcos, después de cortarle la cabeza cuando más confiaba en mí.

—No me encharques en la ciénaga de tu complicada conversación. Si recelas peino de mí tienes verdugos. Pero debes comprender que hay algo que alumbra la más tenebrosa de las charcas. Yo no soy un imprudente mozo de pocos años y poca experiencia... ¿Crees tú que, si al menos por algún tiempo he decidido servirte, no lo haré a cumplida satisfacción de ambos? No soy hombre que quiera morir tontamente. Estoy solo contigo y todos tus hombres. No he venido a morir ni a ser torturado, a menos que complazcas en ello, en inútil juego. Muerto de nada te serviré.

—Muerto, de nada servirá padre lío. Olvidemos lo que antes dije respecto a Igor. Si él muere, no te abandonaré exponiéndote a la maldición de mi madre. Pero quiero que este español pueda ser lo que fue Jacinto desde que entró... hasta que se fue.

Igor Slavko abrió ahora los ojos. Hasta entonces había parecido que dormía.

—Ciénaga—murmuró—. Eso eres tú, Lubianka, Tiene razón tu invitado, Stenka. Somos ciénagas y sólo podredumbre hay en nuestros fondos. Puedes rasgarme la otra mejilla, pero no impedirás otra verdad. Tu hija me ha dado un tormento que ni a mi peor enemigo desearla. Jugó conmigo, primero llamándome hermano, después fingiendo que podría ser mi esposa, y, por último, diciendo que me tenía afecto de amistad. Todo era falso, porque Lubianka es bella como el nenúfar que se alza sobre los pantanos malolientes, extendiendo su corola espléndida pero cuya raíz se alimenta de pútridas arcillas. Me dijiste que te mentía, poderoso Stenka, y tenías razón. Te ocultaba que vine por dos motivos: quería volver a ver a Lubianka, porque lejos de ella me ahogo aunque a su lado sufra como el sediento condenado a minea poder saciar su sed. Vine también porque sabía que Carlos Lezama era el nombre del Pirata Negro, y deseé decirte que desconfiaras de él pero no pude.

—Y ahora, ¿por qué lo dices?..— murmuró Lubianka dulcemente

—. Yo lo sé, padre mío. Igor siente celos del español.

Tanto lo qué había dicho Slavko como la réplica fue en ruso. Stenka agitó la cabeza coa aire de desaprobación.

—De gente grosera es hablar en otro idioma frente a un invitado que no puede entender—manifestó en español—. Es posible lo que supones, Lubianka. Dime, Slavko: ¿por qué me aconsejas que desconfíe del Pirata Negro?

—Antes debo confesar también que le previne. Le dije que no siguiera adelante. Dos jefes piratas no tienen cabida en el Castillo de las Nubes. Pero Lubianka ha elogiado demasiado a este español, y tal es la fuerza do mi insana pasión por tu hija, poderoso Stenka. que pude ocultarte algo, y sólo lo revelo cuando los celos añaden nuevo ardor a la herida de mi corazón.

El Pirata Negro rió en brusca carcajada breve.

—Que eres ruso, no cabe duda, Igor Slavko, pero también es indudable que estás una una chiva. ¿Has visto las palabras saltar de peña en peña? Son graciosas. También lo son cuando se alzan de patas y se asestan cabezazos a modo de entretenimiento. Pero ellas son cabras, y tú eres un hombre. Acabas de ofender a la hija de tu jefe. Le doblo ampliamente la edad a Lubianka, y, aunque de caprichos de mujer nunca bastante se dirá, puedes tener por seguro que no seré yo quien logre adueñarse de la voluntad de la que te es esquiva. Pero todo eso es por conversar a vuestro estilo, ya que has añadido nuevos motivos de recelo a los que injustamente tiene contra mí el poderoso Stenka. Pero también cabe la posibilidad de que, a palabras de hombre celoso, un buen cerebro haga escaso oído.

—¿Por qué supones que no puedo escuchar con agrado palabras tuyas, de las que los españoles abundáis?— inquirió Lubianka, modosamente.

—Permíteme que replique ahora a una frase que antes dijiste, poderoso Stenka, y que deje sin respuesta la halagadora pregunta de tu hija. Si allá en las estepas, para divertiros, hablabais horas y horas, considera que yo soy hombre de acción, de lucha. Tanto tiempo sentado y diciendo sandeces me pone nervioso, cosa que pocas veces me permito ser. Esos dos verdugos con sus horquillas y sus cinturones esperando a alguien, tienen el poder de sacarme de mis casillas. No tengo tanta calidad como supones, ya que no sé

acostumbrarme a vuestros métodos. Parecemos estar en un velatorio, aguardando que amortajen a un muerto que no se ve por ninguna parte.

—¿Sabes cantar?—preguntó Stenka.

—Bien. Bien... Estamos progresando. Antes dentro de lo desquiciado, había algo de buen sentido: pero ahora esta preguntita me deja como un colegial apabullado por un dómine que de pronto se pusiera a rebuznar inesperadamente

—Mi padre...—empegó a decir Lubianka.

—...el poderosa Stenka—añadió Lezama.

—El poderoso Stenka—hizo eco dócilmente ella—, quiere decir que si sabes cantar, tienes a tu favor su benevolencia.

—¿Formamos un coro cantor? Escucha, Stenka Volodin: tengo ya cansancio de acumular extraviadas frases. Si soy tu invitado, permíteme retirarme. Si soy tu prisionero, que empiece la danza, que si cantar no sé, bailar sí.

—No eres mi prisionero. Mi hija quiere disfrutar de tu compañía. Yo, cuando Ivanko regrese con más españoles, te diré lo que decido a tu respecto. Puedes irte con Lubianka. Quiero hablar con Slavko.

Levantóse el Pirata Negro cuando la rusa estaba ya cerca de la verja y con toda evidencia le estaba aguardando.

—Hasta pronto, Pirata Negro—despidióse Stenka.

—Hasta cuando tú quieras, Stenka Volodin. Y tú, Igor Slavko no me mires con rencor. ¿Qué culpa tengo yo de que en un mar de divagaciones y en barco pilotado por locos me sienta como el náufrago acobardado?

En la verja, Lubianka tendió su diestra.

—Yo te conduciré a mejor habitación que la que ocupabas, español, Dame tu diestra. Igor Slavko me enseñó a leer el mensaje del fluido que la piel de las palmas despide.

El Pirata Negro alzó los hombros, colocando su mano en la abierta de Lubianka Volodin.

—Me dirás lo que has leído cuando te haya comunicado mi mano su fluido que hasta hoy ignoraba tuviera.

Ella, rientes los claros ojos, empezó a andar, y cuando pasó ante el viejo tártaro, éste levantóse del escabel, para cruzar los brazos y efectuar una honda reverencia.

—Terjov es un hombre loco—dijo Lubianka—. Cree qué yo soy el espíritu maléfico de sus estepas.

—A lo mejor, Terjov es el único que está en sus cabales. No hagas caso, hermosa Lubianka, ni de él ni de mí.

Al final del largo pasillo, giró Lubianka Volodin, penetrando en otro que estaba tapizado en toda su longitud, y abrió una puerta que dio entrada a una suntuosa habitación cuyo suelo era un conglomerado de blancas peles y donde sólo había bancos y escabeles.

Soltó la mano de Lezama y fue a sentarse en un amplio banco tapizado de almohadones.

—Aquí bailan y cantan los hombres al servicio de mi padre, cuando yo lo quiero. Siéntate.

—Yo bailo y canto al son que me pidas. ¿Qué más debo hacer?

—Me doblas la edad, hay blancuras entre tus negros cabellos, pero tus ojos son jóvenes porque hablan mucho. En la palma de tu mano...

—Eso mismo dicen ciertas mujeres de España cuando se disponen a leer las líneas qué no tienen significado. ¿Qué hay en la palma de mi mano?

—Dureza de boyardo. Desprecias tu vida. Juagas con la muerte. Has amado mucho, y hallaste por fin un amor que colma tu vida. ¿Por qué, pues, si tienes amor, buscas peligros?

—¡Tate!... Hay brujería, en ti, Lubianka, y si sigues adivinando cosas en mi palma, le cogeré miedo a mi mano por indiscreta, o me prosternaré como el viejo Terjov.

—Yo soy hermosa., y tú me miras con indiferencia. Es, pues, indicio de que tienes un amor, y no ves en las demás mujeres ninguna cualidad que aventaje a las que posee a tus ojos de enamorado la que colma tu sentimiento. Yo soy digna de lástima, porque no puedo querer, y deseo amar.

—Cuando estoy despierto, hablo razonablemente, Lubianka. Pero acaba de llegar de viaje, estoy cansado, y este trabajo es superior a mi resistencia. No debí meterme con rusos, que complican la existencia. Tú puedes mandarme, Lubianka y yo acataré tu voluntad, si ahora me consientes que vaya a dormir, reunido con los otros dos que son pobres brutos sin complicación. Déjame descansar unas horas, y después seré tu esclavo, tu juguete,

tu cantor o bailarín, según se te antoje, que a galante nadie me gana, y por ti capaz seré de improvisar.

—Te a compararé donde están tus amigos. Te lo concedo, porque me gusta tu forma de hablarle a mi padre. Nadie se atreve a decir nada en contra de él. Por haber hecho lo que ha hecho, Igor Slavko morirá. Tú sigues en vida gracias a mí. Ven, y va no es preciso que me des la mano, Sígueme,

—Tu perrito faldero soy.

Siguió el Pirata Negro tras los pasos de Lubianka, y cuando llegaron al lugar donde los dos custodios que le habían acompañado hasta la sala de Stenka estaban vigilantes, ella sonrió aviesamente.

—Tengo el deseo de saber si tu voluntad puede rendirse a la mía, español.

—Tú ganarás, hermosa Lubianka.

Hizo ella una seña imperativa, y los individuos pusiéronse a cada lado de Lezama, el cual echó a andar.

Cuando la puerta se cerró tras él, dejándole frente a Torcaz, y Arucas, que se pusieron en pie presurosos, Carlos Lezama desfogóse riendo en silencio un largo instante,

—Me complace veros. Sois de carne y hueso. Y ahora también me doy cuenta que yo soy de carne y hueso, y no un muñeco a la voluntad de otros muñecos. ¿Veis aquello?

Los dos españoles miraron hacia la lucarna que en lo alto del techo distaba tres metros del suelo.

—Por ahí puede entrar aguardándonos la muerte, pero por ahí vamos a intentar salir. Aquí dentro moriréis tonto ratas presas en cepo. Y yo, seguiría igual suerte algo más tarde. Ya los nuestros saben dónde está el Castillo de las Nubes. Perforemos las nubes, Os puedo asegurar que todo estaba previsto, menos que iba a hallarme frente a loco. Por eso cometí el fallo de decir que atacaran el castillo cuando uno de nosotros tres llagase a hacer las señales desde el exterior. Creí que la salida sería fácil y normal, y, por tanto, que los tres llegaríamos a unirnos a los que han de arrasar este maldito antro. Os lo digo a modo de excusa, si alguno de nosotros deja la piel. Y basta de lamentos. Colócate bajo la lucarna. Torcaz. Arrodíllate. Sube encima de sus hombres, “Malasuerte” y que mi estrella haga que tu nombre falle esta vez. A fianza bien las rodillas. Torcaz.

Encaramóse el Pirata Negro ágilmente hasta que logró arrodillarse sobre los hombros del bamboleante Rodrigo.

—Aguantad, zopencos. Que ese tembleque no pueda parecer miedo si alguien espía nuestra maniobra.

Tanteó el cristal y vio que, empujándolo, se alzaba. Insertó la daga, apoyado la empuñadura en el marco y sosteniendo con la punta el cristal.

Asióse al marco y. deslizándose, resbaló al exterior. La lucarna daba a las almenas...

—Tiende los brazos, “Buenasuerte”. Pronto. Tú, Torcaz, cógete a la cintura del mozo.

Terminó el Pirata Negro de levantar el cristal, y, separadas las piernas, inclinó el busto sobre la lucarna abierta, asiendo las manos de Rodrigo Arucas.

Fue titánico el esfuerzo con el que izó a los dos hombres, y apenas la cabera calva de Torcaz asomó, el Pirata Negro cesó en su tracción, al ver que soltando el cuerpo del distendido corneta, Torcaz asíase al marco y a fuerza de puños terminaba de auparse.

Las brumas emblanquecían los contornos formando masas algodonosas a diez pasos. Las almenas bordeaban las lisas paredes del castillo, cuyos cimientos asentábanse en los riscos que en despeñadero decrecían.

Oíase un silbido continuo producido por el viento al revolver las masas neblinosas.

—Escuchad atentamente—dijo el Pirata Negro—. Cuando nos vendaron, estábamos en tierra libre. Pero después entramos en caverna. Tus pasos resonaban, Torcaz, y había chisporroteo de teas resinosas iluminando la obscuridad. Este castillo tiene entrada por un subterráneo que horada el monte que le sirve de base, y va subiendo en lentas curvas. Por allí no podemos salir. Y tenemos que salir. Bajar por el muro y los riscos, supone quebrarse los cascos. Cuando entren en la habitación, sabrán que hemos subido aquí. No hay más que un medio de salir, y es quedarnos aquí. No temáis. No me he contagiado de los locos. Quiero decir que cuando los demás vean la luz azul y después la verde sabrán que pueden atacar. Aumentará la niebla con la humareda que les ordené hicieran en las poternas, que en este caso es la entrada al subterráneo. Coge tu bengala de artificio, Rodrigo, y dale a la yesca. Lánzala muros

abajo.

Saltaron chispas del pedernal que frotaba Rodrigo Arucas.

—Prepáralo tú, Torcaz, para cuando el mozo deje caer la suya encendida. Vamos al muro.

Los tres se acercaron al reborde de la almena. Cayó en el abismo la bengala que el corneta llevaba en su bolsillo como la mejor de las armas. Poco después caía la que, lanzada y encendida por Torcaz, debía despedir un luminoso rastro de verde estela.

—Y ahora, si queremos salvar la piel, sólo hay un medio. No ser vistos cuando suban los rusos. En el festón de las almenas por la parte exterior hay agarradera. Conseguid colocaros debajo, y, aunque perdáis las uñas y las yemas, recordad que más vale perder plumas que quedarse convertido en la masa informe en que nos convertirían esa manada de locos. Empieza tú, corneta. Si el apodo sigue siendo falso, lograrás dar, con ciertos herrajes que estas almenas suelen tener, y allí aguardar bastante tiempo. Si no hay herrajes, agárrate a lo que puedas.

El corneta encaramóse a la almena y se deslizó tanteando con los píes. Pero sus manos no se separaban del muro, cuando ya habían transcurrido más de dos minutos.

—No hallo pie, señor—resopló, angustiado.

—Dos tienes, ¡maldito seas!—rezongó el Pirata Negro, que se encaramó, y, dejándose caer en el vacío, quedó un instante perneando, sujeto por las manos al reborde pétreo.

Fueron sus manos recorriendo el borde, hasta que uno de sus pies halló dónde introducirse, Torcaz, al otro lado del corneta, y en igual postura, procuró afianzar la voz:

—Vete resbalando de lado, muchacho. No mires hacia abajo. Mira alto.

El viento aullaba alrededor del Pirata Negro cuando éste logró, asiéndose a unos salientes, afirmar los pies en un triángulo de hierro que a modo de escuadra servía de apoyo al saliente de la almena.

Pudo cabalgar el hierro, y cuando vio las botas de Rodrigo oscilar ante su pecho, asió por las rodillas al corneta.

—Suelta las manos.

Rodrigo Arucas, después de oscilar en el aire, quedar cabeza abajo y volver a sentirse normalizado, al aferrarse al hierro, tenía el

rostro bañado de sudor, pese al frío cierzo que reinaba.

Torcaz quedó unos instantes inmóvil hasta que, cerciorado el Pirata Negro de que el hierro podía soportar los tres cuerpos, repitió con el calvo cincuentón lo que habla hecho con el corneta.

—A caballo de un trípode de almena, es hazaña caballística que podréis explicar, seguros de que pocos os podrán declarar haber montado semejante caballo. Esta niebla y su compañero el viento reconfortan el ánimo, pero más aun me agrada ese rumor que va creciendo, como si en las entrañas del monte rugiera un volcán que va bostezando dispuesto a despertarse. La Legión del Mar ataca y las ciénagas van a aclararse.



El viento aullaba alrededor del Pirata Negro cuando este logró...

Capítulo IV

Las nubes se disipan

Stenka Volodin, cuando ya hubiéronse ido el Pirata Negro y Lubianka, miró compasivamente a Igor Slavko.

—¿Por qué perdiste el juicio, Slavko? No te excusa el amor que por mi hija sientes. Sabes que no perdono al que incumple una orden mía. ¡Fuera! —Y a su exclamación añadió un gesto brusco que los dos verdugos supieron interpretar.

Era una de las enseñanzas del antiguo verdugo. Fedor dirigióse a la verja, pero tras él quedaba Vladimir, que rápidamente rodeó los brazos de Slavko con el cinto, apretando el torniquete que encerró la correa hasta el límite en que inmovilizaban por completo las extremidades torácicas del joven cosaco.

Vladimir extrajo las armas de Slavko y las depositó ante Stenka.

—Ahora, puedes irte, Vladimir. No conocías esa treta, Slavko. Está destinada a evitar que el hombre que intento apresar pretenda echar mano de sus armas.

—No lo hubiese hecho, Stenka. Bien sabes que ya hace tiempo que deseo morir, y quería que tu mano fuera la que terminara con la tortura en que Lubianka convirtió mi existencia. Es mi destino, pero el tuyo lo será morir a manos de tu hija. Puedes creer que es veneno de celoso, y no me importa. Tengo la certeza de que el Pirata Negro no es hombre para meterse en cepos. Si tu hija no interviene, tú le habrías hecho apresar y le hubieses dado muerte, porque en el fondo le temes ya que has comprobado que es jefe de tu poderío. Es como tú fuerte, astuto y es inteligente. Ya oíste que Lubianka os comparó. Le comparó a ti, el segundo zar de Rusia.

—Lubianka oyó las narraciones del marino español. Lubianka cree que ose pirata puede compararse a mí. Pero Lubianka puede

equivocarse.

—Más tarde o más temprano, en tu agonía sabrás que tuve razón, Stenka. Por el capricho de tu hija, que te domina con la maldición de la que la engendró, ha quedado el español libre por ahora, y sabrá huir, pera no sin antes terminar contigo. Yo también conozco las narraciones que cuentan las hazañas del Pirata Negro. Mata y extermina a los que saquean e incendian poblados donde sólo hay seres inocentes, cuyos bienes engrosan tus arcas. No consientas que te aterrorice Lubianka, invocando falsamente lo que tu esposa dijo en su lecho de muerte.

—Ella dijo que si le negaba a Lubianka lo que ella pidiera, nunca hallaría yo reposo para mi espíritu cuando éste abandonara mi cuerpo.

—Tu esposa lo dijo cuando Lubianka era una niña cuyos balbuceos nadie entendía. Pero tú eres un cosaco de raza inferior, Stenka. Tu superstición no sabe comprender que si tu esposa hubiera previsto que engendraría a la mujer en que se ha convertido Lubianka, no habría expresado lo que sólo quería significar que deseaba felicidad para su hija, porque pensaba que lo que pudiera pedir Lubianka fuera bondadoso.

—Arguyes bien. Slavko, pero adivino que quieres sembrar el desconcierto en mi mente. Tú eres de casta superior, y te dieron letras y cultura porque tu padre era boyardo. Me gustó tenerte a mis órdenes. Yo, Stenka, el pastor cosaco, mandaba en un cosaco de raza alta. Y yo, Stenka, te condeno a muerte. Te salva de la tortura física la tortura que más te duele. Pero no me debes considerar enemigo tuyo, Slavko. Tú mismo te mataste al desobedecerme.

—Ha sido por tu hija que te he desobedecido, y por ella también tú perderás la vida, Stenka.

—Ahora que estás a punto de irte para siempre, quiero confesarte que a veces temí que, exasperado, cercenaras la garganta de Lubianka. Lo temía… y quizá lo anhelaba. Me defraudaste, Slavko. No eres un cosaco completo, porque proferiste quemarte en amor imposible antes que hacer lo que yo hubiera hecho en tu caso. ¿Qué prefieres, Slavko? ¿Daga, sable o pistola?

—Moja la punta de mi daga en este cáliz de flor. Mientras Lubianka miraba al español besó esta flor. Y si mi deseo pudiera serte favorable, larga vida quiero para ti Stenka Volodin, porque

como guerrero te venero, aunque como hombre te maldiga por ser el padre de Lubianka.

Inclinó la cabeza Stenka como aprobando las palabras de Slavko. Después arañó con la acerada daga la extraña flor con la que Lubianka había jugueteando.

Levantóse y, acercándose, apoyó el cortante acero en el lado izquierdo del pecho del joven cosaco.

—¿Quieres decirme algo más, Igor Slavko?

—Las nubes se disipan...—susurró Slavko mirando al que iba a matarle—. No oiré más la voz de tu hija, ahora, de pronto, me doy cuenta que soy feliz, porque morir era lo que me liberaba, y fui cobarde en retardar el momento. Que no me den sepultara aquí dentro, porque sobre mis losas al paso de Lubianka despertarán mí alma, renovando el dolor. Despéñame, Stenka Volodin y gracias te doy por disipar mis nubes. ¡Adiós!

Stenka Volodin empujó lentamente con resabios de su antiguo oficio... Cuando sólo sobresalía la empuñadura de la daga, quitó el cinto que aprisionaba el cadáver.

Recogió el sable y las dos pistolas, colocando las armas en el cinto que rodeaba el talle de Igor Slavko y, levantando al joven cosaco entre sus brazos abandonó la sala.

Andaba con lenta solemnidad, al llegar a las almenas, balanceó unos instantes entre sus brazos al inerte Slavko como si lo acunara,

—¡Pobre Igor!... Sufriste mucho por culpa de ella. Que tu espíritu vela por mí. ¡Adiós!

El cuerpo de Igor Slavko fue deglutido por el abismo, mientras el viento, redoblando sus aullidos, parecía entonar un lamento fúnebre.

Quedóse Stenka absorto, tendiendo el oído. Una vez había presenciado un terremoto, del que logró escapar gracias a que el temblor de tierras levantó un oleaje salvador en las aguas del Volga, proyectando lejos del siniestro su velero.

Ahora el rumor que iba creciendo se parecía al oído en aquella ocasión. Miró los jirones de niebla revoloteando, y pensó que en el mar habría tormenta, que removían las aguas que pasaban bajo tierra.

Continuó absorto, pensando una a una las últimas palabras pronunciadas por Igor Slavko. Estremecióse cuando por entre la

niebla apareció la figura de su hija, avanzando lentamente.

—Hay tormenta en el mar, padre mío.

—Pero no iguala a la que ruge bajo mi cráneo, Lubianka. ¿Escuchaste lo que dijo Igor antes de morir?

—Sí, padre mío. Eran falsedades de su espíritu enloquecido.

—Tu madre no me maldeciría si te diera muerte. Lubianka. Eres la pesadilla de mi existencia. Yo en ti puse todo mi cariño, y tú, al convertirte en mujer, convertiste mi cariño en odio. Pero respetaba lo que tu madre me ordenó, haciéndome jurar sobre el icono. Ahora que la tormenta va aumentando yo también siento que las nubes se disipan.

—¡No, no!—gritó de pronto, empavorecida, Lubianka, retrocediendo.

Las manos engarfiadas de Stenka cogieron el delicado cuello, ahogando el último grito agudo de la garganta femenina.

Y como si estuviera poseído de un furor largo tiempo contenido, alzó Stenka en vilo a su hija, lanzándola al abismo.

Quedóse apoyado en el muro, jadeante, extraviados los ojos. No pudo ver que de la niebla surgía el Pirata Negro.

Carlos Lezama, al oír aumentar el fragor del ruido subterráneo, había abandonado la Improvisada montura donde quedaron Arucas y Torcaz.

Logró, después de desafiar el furor del viento, y la lisa pared, encaramarse de nuevo a la almena. Y los dos gritos de Lubianka le orientaran hacia el lugar donde Stenka Volodin acababa de despeñar a su propia hija.

Asistió sin demasiada sorpresa al extraño espectáculo que presentaba el cosaco golpeándose furiosamente el pecho a puñetazos.

Murmuraba en su idioma palabras entrecortadas por una violenta excitación. Había algo de impresionante en la escena, y Carlos Lezama decidió volver a la normalidad.

—Stenka, prepárate a luchar.

El cosaco sobresaltóse, dando media vuelta. Contempló unos instantes al Pirata Negro como si no lo reconociera.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Andando. Te creí un jefe, Stenka, y no lo eres. Abandonas a tus hombres mientras ellos luchan. Esta misma idea es la que me ha

hecho venir aquí. No podía yo estar a salvo mientras ellos van entrando en tus salas, ¿No oyes el fragor de las explosiones de los barriles de pólvora con que ahúman tu subterráneo?

—Es la tormenta en el mar. Tormenta...

—Es la Legión del Mar. Y yo soy el conde Ferblanc. No te engañé al decirte que no mandaba en mí el conde Ferblanc. Y si ahora tus hombres vienen hasta aquí, muy de cerca les pisarán los tacones los míos. No veo en ti más armas que tus brazos.

Arqueó Stenka los brazos, y de pronto abalanzóse como un búfalo encolerizado. Acababa de ver surgir por entre la niebla a varios desconocidos, vistiendo ropas de oficial español uno de ellos, y de marinos los que le seguían.

Consiguió abrazarse al Pirata Negro, intentando izarlo en vilo. Forcejeando los dos hombres, quedaron junto al muro.

Las manos del Pirata Negro buscaron la garganta del cosaco, y por un momento quedaron tambaleándose al borde de las almenas.

Por fin recuperó el equilibrio Carlos Lezama, al quedarse solo junto al muro, mientras el cuerpo de Stenka Volodin rebotaba de roca en roca, para ir a caer cerca del destrozado cadáver de Lubianka.

La voz del capitán Lope Holgado resonó hosca y sonora:

—Cumplidas las órdenes conde Ferblanc. Veinte bajas en la Legión del Mar. Catorce en el grupo de choque, y seis en mi grupo.

—Más que nunca me agrada oíros, capitán Holgado. Sois un magnífico ejemplar de hombre sensato. Celebro que todo saliera tal como convinimos, antes de mi salida.

—No hubo dificultad en seguiros a distancia, gracias a que mi anteojo divisaba vuestros caballos. Y vuestro grupo de choque acometió con denuedo empleando los barriles, que sembraron el desconcierto entre los defensores del subterráneo. Queda la última orden por cumplir, conde Ferblanc, ya que ordenasteis arrasar ti castillo.

—Ahora bien puede hacerse, que antes mal me hubiera ido.

—Así lo pensé, conde Ferblanc, al divisar la caída de las bengalas des de las nubes.

—Que vuestros hombres acudan a pescar a dos del grupo de choque, que están en percha de hierro, bajo la almena, y después que incendien. Vámonos, capitán Holgado. Largo es el camino de

regreso, y prisa tengo por abandonar este castillo de nubes.

Cuando las nubes se disipaban empujadas por las llamas que coronabais el monte, el destacamento de la Legión del Mar se alejaba a todo galope.

Y sólo fue cuando llegaban cerca de la bahía de Santa Marcia cuando Lope Holgado masculló, con su habitual brusquedad:

—Olvidé comunicaros, conde Ferblanc que el almirante me ordenó os retransmitiera su orden de que os presentaseis a él inmediatamente que llegarais.

—¡Tate!… Eso me huele a chamusquina. ¿Sabéis de qué delito se me acusa?

—Lo ignoro, conde Ferblanc. Únicamente puedo anticiparos que el almirante manifestaba una fría cólera mientras yo, poco después de vuestra partida, fui a comunicarle vuestra decisión.

—¿Os di, acaso, orden de comunicárselo al almirante?

—Vos me dijisteis que a nuestro regreso informaríamos, pero a mí primeramente me interesaba cumplir la orden anterior que recibí del propio almirante y por la cual debía informarle de cualquier expedición que partiera de la bahía por tierra o mar.

—Tenéis golpes escondidos, capitán Holgado.

—Los que me impone el acatamiento de la disciplina, conde Ferblanc.

El resto del camino lo hizo Lezama en cabeza y solo.

Capítulo V

Calificaciones

Juan Diéguez Rodríguez vio desde la ventana de su despacho las evoluciones de los jinetes que rompieron filas cuando el cornetín de órdenes del grupo de choque tocó dicha maniobra.

El almirante fue a sentarse tras la mesa del despacho, y sus ojos tenían un intenso fulgor que denotaba a las claras una íntima cólera contenida dificultosamente.

El oficial de guardia en la antesala anunció:

—¡Conde Ferblanc!

El Pirata Negro avanzó hasta cuadrarse ante la mesa del despacho.

—El grupo tercero y el de choque han regresado de su misión, excelencia. Veinte bajas, catorce del grupo de choque, seis del tercer grupo. Los componentes de la cuadrilla capitaneada por Stenka Volodin han quedado exterminados, y el castillo, arrasarlo. Ha quedado cumplido sin otra novedad el primer servicio de la Legión del Mar.

—Sentaos—dijo secamente Diéguez. —Podréis daros cuenta de que no os felicito ni mi semblante respira cordial satisfacción. Trato de buscar calificación a vuestro acto. Se ha presentado y en la primera ocasión, el roce que hubiese querido evitar el mayor tiempo posible.

El Pirata Negro escuchaba atentamente serio el semblante.

—¿Cómo os anunció el, oficial de guardia?

—Anunció mi título de cuna.

—Debió mejor anunciarme al Pirata Negro, al aventurero ensoberbecido que olvida su compromiso... ¡Callad, que estoy hablando! Os comprometisteis a tomar el mando de la Legión del

Mar. Os dije que vos erais el único que podía conducir a esa masa de desesperados que sacasteis de presidio y galeras. Pedí la ayuda del capitán de mar. ¡No necesito la bravuconería del suicida! Esa es la calificación de vuestra salida. Sois el jefe de la Legión del Mar, señor. No sois un tenientillo ávido de pelea, que va a arriesgar su vida acompañado por dos hombres tan sólo, metiéndose en la boca del lobo. Vuestra vida o muerte como persona me tiene sin cuidado. ¡Lo que no quiero es que la Legión del Mar pierda su jefe en imbécil empresa! ¡Ordeno que os calléis! Para ir a este castillo, pudo marchar cualquier contramaestre acompañado de los portadores de bengalas. ¡Vos, no!

El Pirata Negro no hizo nueva manifestación de querer hablar cuando el almirante tomó resuello.

—No he terminado aun, señor. Hay algo que no debéis perder de vista. En las cocinas, guisa el ranchero, y el cabo furriel nunca remueve las perolas. Sí en un tiempo yo halé cabos y pisé cubierta pies desnudos, después iba comportándome según!o exigían mis distintos ascensos. Vos sois jefe de la Legión del mar, no un mercenario más. Califico, pues, vuestra incursión de impropia del conde Ferblanc. Ahora, podéis hablar.

—Debí entender mal cuando me dijeron que vos, excelencia, me concedíais carta blanca. O quizá no entienda el significado que para un almirante tiene la expresión de “carta blanca”.

—Continuad. Sabéis perfectamente que conozco el valor exacto de la expresión “dar carta blanca”.

—Si salí acompañado tan sólo por dos hombres, era porque no consideraba a nadie lo suficientemente capacitado para entrar incólume en el castillo, con lo que hubiese fracasado desde un principio nuestro intento de localizar la guarida que debíamos a tu mar porque en ella vivían alimañas. Si creéis que fue por afán de demostrar a la Legión del Mar que yo me considero inmune a todo peligro, el impulso que me hizo salir como un tenientillo ávido de pelea, acertáis. Tenéis razón, excelencia. Me he comportado como un oficial bravucón, pero ¿qué otra cosa podéis esperar de un pirata mal acostumbrado?

—Vos sois el conde Ferblanc, que del pirata sólo conserva las dotes de acaudillar temples rebeldes. En lo sucesivo, y tomadlo como orden, os ruego qué si pensáis emprender otra salida solo por

el cariz de esta última, paséis a comunicármelo antes. ¿Queda claro?

—Lo tendré en cuenta, excelencia. Y si me permitís un desahogo, os diré que vuestra claridad después de las nubes por las que he vagado allá, casi me reconforta. ¿Tenéis alguna nueva orden que darme?

Juan Diéguez, exhaló una profunda expiración.

—Queda zanjado este deplorable incidente. Hablemos de algo menos enojoso. Vuestra esposa no se merece que os comportéis como un desesperado pirata sin hogar. ¿Habéis pensado que arriesgar vuestra vida inútilmente es menospreciar el hogar que habéis conseguido?

—Perdonad, excelencia, pero en mi vida privada no os doy carta blanca. Si es el almirante el que califica una actitud que no tengo hacia mi hogar, es asunto que no le incumbe.

—¡Hablo yo, Juan Diéguez, y lo sabéis perfectamente! Si me permito inmiscuirme en vuestra vida privada, es porque no quiero ver llorar a una viuda por la estúpida piratería de arriesgaros inútilmente. Si la marquesa de Ferjus ha de enviudar, que sea con todo el honor que corresponde a la que, muy superior a Vos, sabe ser la señora esposa del conde Ferblanc. No os contengáis. Estáis hablando con Juan Diéguez.

—Entonces, Juan Diéguez, tengo que deciros que, en gracia a que reconozcáis que mi esposa vale mucho más en señorío que yo, acepto muy gustoso el elogio. Y ya que tanto me deseáis hogareño, ¿puedo irme a mi casa? Quizá la sopa se está enfriando.

—Podéis iros cumulo queráis, y, por cierto, Carlos Lezama, fijaos en un detalle muy instructivo. Vuestra esposa tiene criadas y lacayos, por lo que se limita a dirigirlos, y no se pone a fregar suelos ni abrir puertas.

—No quisiera yo que sus lindas manos se estropearan en estos bajos menesteres, en vista de que como conde Ferblanc tengo lacayos y criadas. Os saludo amablemente, Juan Diéguez— y se puso en pie el Pirata Negro, chocando los tacones—. Pido vuestra venia para retirarme, excelencia.

—Podéis retiraros, conde Ferblanc. El viernes al mediodía estoy invitado a almorzar en vuestra casa, gracias a una amable invitación de la marquesa de Ferjus. Hasta el viernes.

Salió Lezama, y poco después espoleaba su caballo, hasta detenerlo frente a su hogar. Un lacayo vino a recoger las riendas.

En el jardín. Humberto de Ferjus escuchaba con el semblante transfigurado los arpegios que un individuo vestido abigarradamente arrancaba de un violín.

Estaba tan abstraído, que no vio llegar a su padre. Pero el desconocido violinista sí contempló el ceño fruncido del Pirata Negro, y truncando su arpegio, intentó una sonrisa conejil.

—A vuestros pie, señor conde. Soy Niccolo Pavolini, maestro compositor, al servicio de vuestro hijo, a quien, por orden de la señora marquesa, doy clases de violín.

—Encantado de oíros, maestro Pavolini. Por hoy la clase ha terminado. Podéis despediros.

Humberto de Ferjus, al marcharse el músico, alzó los ojos, sonriendo.

—Buenos días, padre. Mamá está, con una señora, que viene con frecuencia estos últimos días.

—¿Dónde está don Marcelo?

—Fue al campo enviado por mamá.

—¡Tate!... Ya que estás bien informado de todo, dime, buen mozo: ¿por casualidad tu mamá ciñe espada desde que me fui de paseo?

Y, rezongando entre dientes, alejóse Lezama a largas zancadas, mientras Humberto trataba de repetir cantando la melodía que el maestro italiano estaba enseñándole.

En el umbral, Mireya de Ferjus avanzó corriendo al encuentro del Pirata Negro, abrazándose a él.

—Once días ausente, Carlos. Y... ahora está aquí Angélica.

—¿Otra novedad? ¿Quién es Angélica?

—La esposa del capitán Ramiro Díaz.

—¡Ya! ¿Y qué diablos hace rascando tripas este italiano merengue?

—Humberto es feliz con su maestro de música.

—¿Y dónde demonios está metido “Cien Chirlos”?

—Lo envié a intentar averiguar noticias tuyas.

—Pues estará pastando hierba verde. En fin, supongo que estas minucias ocurren cuando se tiene un hogar bien organizado. Estás bellísima, Mireya. En esos once días has mejorado notablemente.

Más me hubiera gustado encontrarle algo mustia y alicaída. Oye, a propósito ¿sabes fregar suelos?

—Nunca lo hice, pero creo que no debe ser muy difícil.

—Si nunca lo hiciste, ¿cómo te atreves a mandar en las que lo hacen? En fin, no le asombres demasiado. He estado entre gente que hablaba sin sensatez.

Entonces, se parecerían a Angélica. Es muy buena, pero es alocada.

—¡Tate!... Me voy lejos de tu salón, Mireya. Tengo hartazgo de alocados.

—No puedes hacerle ese desprecio, sabe que estás aquí. Te ha visto llegar, quiere conocerte.

—Bien: tendré que irme acostumbra mío a la idea de que el hogar y el trato social son dogales llevaderos, si una gran señora como tú es la que está al otro extremo de la cadena. Vayamos a saludar a tu nueva amiga.

Angélica Díaz demostró que poseía un gran dominio del arte femenino de hablar mucho para no decir nada.

Y, cuando se marchó, Mireya rió alegremente.

—¡Uf!... Quedo tranquila. Estuvo temiendo que no pudieras soportar por tanto tiempo nuestro parloteo.

—Estando tú presente, he logrado vencer mi deseo de hundirle a esta parlanchina la escarcela en la boca, para detener su chorro verbal. Pero empiezo a temerme que se necesita más valor para vivir en casa propia, que para capitanear un velero pirata. Primero el Pavolini de marras atontando a Humberto, después quedarme sin recibir la muda bienvenida de "Cien Chirlos", y, por último, esta cotorra.

—La pobre deseaba conocerte. Su marido le habla mucho de ti. En cuanto a Pavolini, si quieres, no vendrá más, pero Humberto está muy encariñado con él y con las enseñanzas que recibe.

—A este mozo debes darle menos violín y más estaca, querida. En fin, cuando crezca algo más, ya le haré yo comprender que el violín debe sonar dentro del pecho, pero las manos deben empuñar espada y riendas. Y ahora, que sepa yo si en nuestro hogar hay comida. ¿O acaso eso no se estila en las casas con cimientos de tierra?

Terminado el almuerzo, y cuando el Pirata Negro acababa de

tenderse en una hamaca del jardín, apareció “Cien Chirlos” sudoroso y jadeando.

—¡Tate!... ¿Qué tal estaba la hierba del prado, don Marcelo?

—Salve, señor..., digo, buenos días, señor.

—También puedes añadir buenas tardes. ¿Qué traes entre manos?

—Una carta que me entró marino que por ti preguntaba. Viene de Francia.

—¡Ah, ah!... Carta del señor Lucientes... La leeré después, con placer doble. Pero, por el momento, aclararme una duda. ¿Has perdido agallas, guapetón?

—Tú me ordenaste, señor, que obedeciera lo que me mandabas, y que era quedarme aquí, al cuidado de tu esposa e hijo.

—No me refiero a eso, que bien sé que le cobraste inquina al pobre Torcaz parque lo elegí para acompañarme. Ten presente que le basta al desgraciado con llamarse Abundio. Lo que pretendo saber es la razón por la cual no has cogido tú al Niccolo Pavolini ese, y le has perseguido a puntapiés hasta Panamá.

—Si lo mandas, voy a por él, señor. Pero como tu esposa, pues..., me dijo que yo debía ser amable con el rascatripas ese..., yo obedecí.

—Estarnos aburguesándonos, don Marcelo. Esta barca tiene muchos patrones. Ya pondré remedio en lo que pueda. Algo hay que me atosiga más. El mocito. No le atrae el mar. Dice que las espadas pesan. Ve dos gatos arañándose y quiere correr a separarlos. En cambio, oye un violín, y se enajena de gozo. Dame tu parecer.

—Creo,.señor, que a medida que se robustezcan sus músculos, empezará a cogerle asco a las musiquillas esas del italiano. Cuestión de tiempo. Yo, señor, comprendo que... el otro chaval era más jabato..., pero estaba siempre a bordo y se acostumbró a ver luchar. Tengo la certeza, señor, de que dentro de un par de años Humberto pedirá luchas y todos los mozalbetes de Puerto Colombia le temerán como a la peste. Eso espero con todo mi deseo,

—Un deseo muy del agrade de tu señora mi esposa si te oyera. ¿Con que deseando que le teman como a la peste, eh, so bruto? ¡Pues también es más o menos este mi deseo! Ahora puedes irle a decir a Mireya que me has encontrado, y después búscate una hamaca y vente por aquí. Que al menos roncando al aire libre

podamos hacernos la ilusión que el mar nos mece.

Marchóse “Cien Chirlos”, y Lezama rasgó el sobre.

> “Diego Lucientes saluda a Carlos Lezama, desde París, y por un veranillo caluroso.
>
> ”Lo lamento, pero desde que sé que por Puerto Colombia sabrán el paradero del conde de Ferblanc, muchas veces intención he tenido de largarte buenas porciones de tinta envuelta, garabateada en confidencias,
>
> "Ahora hay una novedad que me da motivo más que suficiente para escribirte. Quisiera que aprobaras mis decisiones respecto pedo a una cuita que me atosiga. Te he elogiado ya tal como se merece la perla que tengo por hija. Es una amazona cabal, sin menoscabo de su feminidad. Maneja la espada con desplantes de espadachín, y fatiga caballos como un desbravador. Toda una amazona, y, en cambio, cuando se emperifolla y baila pavanas, todos los varones en estado de soltería suspiran, y los viudos y muchos casados la miran demasiado. Tuve que descalabrar a varios mozos que, despecha dos porque Gaby no les hacía el menor caso, venían a darnos serenatas por las noches hablando de la amazona enamorada de sí misma, cosa no cierta, porque no me extravía el cariño paterno, y mi Gaby nada tiene de vanidosa.
>
> ”E1 caso es que, por egoísmo personal, me alegraba que Gaby no viera en ningún suspirante a su príncipe de romance. La corte parisina abunda en galanes, regresamos a Civry, para pasar una semana de reposo. Cuando volvimos a París, me empezó Gaby a hablar de un tal Cheij Khan.
>
> "Mucho Cheij Khan tenía yo atravesado y quise conocer quién era ese tipo. No entiendo gran cosa de bellezas varoniles, pero indudablemente el llamado Cheij Khan es un guapo mozo. Joven, muy joven en años, pero con expresión de hombre hecho. Será, su mezcla de árabe y español, lo que da a su mirada una madurez que las

mujeres dicen aterciopelada y Gaby califica de ternura viril.

”Mi atosigamiento está en que el mozo este me produce una indefinible molestia. Es cortés, es una espada de primer orden, viste como un caballero inglés, posee una fortaleza de músculos excepcional,.. Pero hay algo en él que me desasosiega. Me da la sensación de que los conozco, pero no logro recordar de dónde.

"Todo eso es mi personal apreciación imparcial. Pero ahora quiero consultarte y solicito tu consejo. Cheij Khan es un aventurero. ¿Va a por la dote de Gaby y miente amores? Creo que sí... ¿Debo sugerirle esta idea a mi hija? Si tal hiciera, creo que cometería una gran estupidez..., porque la amazona está enamorada perdidamente... Comprendo muy bien que mi hija no iba a estar acunándome cuando yo me convierta en un viejo chocho, pero tampoco esperé que tan pronto fuera a casarse.

"Quiere casarse... y este Cheij Khan es un aventurero, a mi entender, tan peligroso como lo hubieras sido tú si te hubieras propuesto en tu juventud casar con bella bien dolada física, espiritual y materialmente...

“¿Debo tratar de darle largas al asunto, pretextando la corta duración del noviazgo? Si suelto este pretexto, temo quo por vez primera mi rostro se cubra de sonrojo, por ser yo quien tal necedad aduzca, cuando con el ejemplo antaño practiqué la máxima de que las buenas borlas las hacían los aun visitaban la vicaría al día siguiente de conocerse.

"Embrollada situación la que me ha suscitado Cheij Khan enamorando a mi amazona. Mi aguja de marear señala tan pronto el Norte como el Sur, pasando por todos los rumbos. Necesito, pues, de tu consejo.

”Ser padre es una ciencia alambicada. De todas formad, tengo una esperanza. Le dije a Gaby que, siendo su dote obsequio que tú le hiciste, lo menos que ella debe aguardar para casarse es obtener tu consentimiento. Ella,

aunque no muy convencida, ha acatado esta sugerencia. Argumentó que tú mismo serías el primero en reírte de mí por haberme vuelto tan etiquetero. Lo esencial es qué estoy ganando tiempo, y así mientras llega tu consejo, o tu consentimiento, pueden suceder muchas cosas. No sé..., un rayo oportuno sobre la cabeza de Cheij Khan no me haría llorar mucho. Menos doloroso le sería a Gaby tener que olvidar ira amor que quedó en bello sueño, que tener que vivir un desengaño.

”Ya te endilgado bastante tinta. Beso las manos de Mireya, hago votos para que Humberto sea tu orgullo de autor, y ojalá nuestros dos talentos combinados consigan evitar una precoz pena de amor a la que hasta hoy fue una alegre amazona.

"Diego Lucientes"